

Los Contemporáneos

516

EL MOMENTO CRÍTICO

NOVELA

ORIGINAL DE

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Número extraordinario

15 Céntes.

Ayuntamiento de Madrid



SUMMIT

Tónico nervioso

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

Utilísimo a los convalecientes.
Pedid prospectos.

SUMMIT

Tónico nervioso

PARA BUENOS IMPRESOS :: Y SELLOS CAUCHO ::

Manuel López Ortega (hijos).
ENCOMIENDA, 20 duplicado.
Gran rapidez :: :: Fundición diaria.

HIPOFOSFITOS: SALUD

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DÉBILES



¡QUE AL DEBILITAR EL PUEBLO PLUMBE SU CON VIGOR, ANA DE LOS HIPOFOSFITOS SALUD! EN LA ARGENTINA PUEDE "HIPOFOSFITOS SALUD"

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

Lea usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos



Eres, mujer, un fanal
de transparente hermosura
desde que usas crema, polvos,
agua y jabón PECA CURA.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 pts., según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pa-
ñuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE,
Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginesta, ROSA, Ma-
tinal, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo,
VIOLETA, Clavel, JAZMÍN, Muguet, SIN IGUA-
LES por su finura, intensidad y persisten-
cia. Esencias, 16 pesetas estuche; lociones,
4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas crea-
ciones de

CORTÉS HERMANOS.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

EL MOMENTO CRÍTICO

PRIMERA PARTE

DEL NIETCHANISMO O ESCUELA DE LA ENERGÍA

I

UN DIVORCIO

Salió a la terraza un momento para, deslumbra por el fulgor del cielo y el rebrillar del mar, volver a internarse inmediatamente, dió unas vueltas sin rumbo por el despacho, parándose a contemplar una fotografía que se sabía de memoria o a desarreglar unos bibelots que perfectamente ordenados no necesitaban de su intervención para nada, miróse en el espejo desrizando nerviosamente un bucecillo que caprichoso se escapaba del sombrero y tras éstas y otras danzas y andanzas sin meta ni objeto, fuese a sentar en una butaquilla colocada frente a la mesa de escribir donde, al parecer ajeno a tales idas y venidas, despachaba Valentín su correspondencia.

Era guapa. El vestido de linón azul pastel, enguinalado de vagas flores de moaré rosa pálido, dábale una silueta convencional, muy *dernier cri*, muy *chic*, con algo de Winterhalter y algo de Watteau. La falda toda fruncida y acampanada, era ancha y corta, dejando ver los zapatos Luis XV de ante avellana; el cuerpo aabríase en cuadrado escote, semicubierto por un canesú de muselina blanca y sobre las mangas hasta el codo, subían los guantes de mosquetero, de Suecia también avellana. Un sombrerillo pequeño, todo de rosas, que figuraban formar un ramo lazado de seda negra, completaba el atavío. Y en aquella *toilette*, muy estampa humorista de modas, demasiado blanca, demasiado rubia, los labios sangrientos con exceso y los ojos, ennegrecidas las pestañas por el Rimmel, realzado el brillo de la pupila por el Kohl, agrandados hasta la hipérbolo por el lápiz azul, Eulalia estaba guapa a pesar de todo (aquí hacía falta el más expresivo *malgré tout* francés, pero para no cometer demasiados galicismos, contentémonos con el español a pesar de todo). En

la realidad, Eulalia Moncada y Fernán de Flores debía de ser más guapa aún, una de esas bellezas pálidas de tez cerúlea, ojos cielo y cabellos de miel, pero... no quería. Tocada súbitamente de un esnobismo rabioso, ella, educada por su madre primero, por tía Consolación después, en el temor de Dios y en el respeto a sí misma, hacía sport varonil, metíase en aventuras si no peligrosas (pues su buen natural hacía pasar por ciertas cosas, como el armiño, sin mancharse) por lo menos de dudoso gusto y animada por la despreocupación de su marido, que ante el temor al ridículo y a las faltas *de mundo* no decía nada, adquiría sus puntos y ribetes de literata y rodaba por ahí con gentes más escandalosas que malas y más frívolas que perversas.

Pero pese a la indiferencia elegante de Valentín, la última peripecia (un conato de bronca con unas aventuras de esas que pululan en el Casino de Biarritz), hizo ponerle serio y cuando Eulalia, con su aire ingenuo de colegiala que en su vida ha roto un plato, vino a anunciarle no sé qué nueva excursión automovilista en compañía de *aquellos locos*, opúsose formalmente. Ahora mismo, y como ella se abanicaba con furia y le miraba dispuesta a estallar en reproches a la primera palabra, alzó la cabeza y lentamente, con firmeza hasta entonces desconocida para la frágil mujercita, repitió:

—Ya te he dicho que no vas—y correcto siempre, muy *gentleman*—; al menos con mi permiso.

Eulalia pegó un respingo ante aquella súbita y nueva energía, y encarándose con él afirmó rotunda, poseída de una de esas violentas rebeldías de criatura caprichosa que no está acostumbrada a aguantar contradicciones.

—¡Pues iré sin él!

Valentín levantó los ojos del papel y quedóse mirando atentamente, con una mirada extraña en que había admiración teñida de un leve dejo de severidad. Abandonada la

pluma, los ojos castaños la estudiaban serenos, como si quisieran leer el grado de sinceridad que había en la bravata.

Aquel modo de mirar irritó a la rebelde más que todas las negativas y todas las amenazas que hubieran podido dirigírsele. Presa de una exasperación que tenía sus orígenes mejor en su propia inquietud que en la actitud de su marido, Eulalia refugióse en la violencia. Con voz silbante, llena de estridencias, comenzó a decir cosas amargas y crueles, cual si realmente fuese misera esposa martirizada, víctima de la tiranía de un hombre cruel y abominable.

—... ¿Eres tú, tú, el que se llama cristiano?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué risa!... ¡Se te ha olvidado ya lo que nos dijo el cura! “Esposa te doy y no esclava”... ¡Pero si no puedes negar tu cepa!... “La mujer honrada en casa y la pierna quebrada”... Muy español, ¿verdad?

Como si le hubiesen herido en un punto ultrasecible, Valentín habló con más calor:

—¡No digas eso!... No blasones de un cosmopolitismo de mal gusto. Que se sea muy internacional para los trajes o los muebles, pase; pero para los sentimientos o las ideas, es una profanación!—Y añadió con melancolía: ¡Si te oyese tu madre!

Hubo una pausa; los dos habíanse quedado mirando el retrato de la dama que presidía el despacho. Parecíase a Eulalia, como se parece una gota de agua a un brillante: es decir, la misma belleza pero menos artificiosa y relumbrante, y en cambio más natural, suave y frágil, con una fragilidad poética. Representaba el cuadro una mujer, muy joven aún, blanca, con esa admirable blancura un poco enfermiza de moda en tiempo de Madrazo y de Rosales; los ojos azules, enormes, bañados en soñadora melancolía; ojos de vago mirar, que parecen seguir la mariposa del ensueño hasta verle perderse en un brumoso *más allá*; los cabellos rubios, muy claros, peinados sencillamente; el talle aún más frágil bajo la coraza de terciopelo negro, tersa y apretada en contraste con la pomposidad de los *puffs* que formaba la falda de raso, y en la mano—mano cerúlea y traslúcida como viejo marfil—una rosa blanca.

Solo, en el colegio de Londres, encargado por sus padres a la custodia de aquella dama a la cual les unió grandes vínculos de afecto y a quien desgracias familiares y una austera dignidad—que le hacía preferir el destierro a las frívolas concesiones necesarias al indiferentismo social, moral y religioso de un marido calavera y volteriano—alejara en voluntario destierro, Valentín había llegado a adorarla.

Era un muchacho sericeto y concentrado. La indiferencia de sus padres que, preocupados en una loca batalla por la posición, apenas se ocupaban de él, abrió a su natural reflexivo y observador horizontes de precoz tristeza. La educación inglesa iba poniendo un blindaje de inalterable serenidad sobre su espíritu tal vez con exceso sensible y la corrección con su glaciación, acababa de abro-

quelarle para la vida. Pero en el fondo era romántico, apasionado del pasado, español de los de vieja solera y aún más que la rectitud, la seriedad y la serenidad británica, vivía en el fondo de su alma un quijotismo cuerdo y como cuerdo melancólico.

La condesa de Moncayo sacábase de paseo con ella los domingos, llevábale a pasar las vacaciones de Pascuas y Semana Santa al campo y esforzábale en hacer las veces de madre con él. Cuando tenía al niño a su lado Luz Fernán de Flores, condesa de Moncayo, trataba de inculcar en su alma el amor a la patria lejana, la fe en Dios y en sí mismo y el amor a los padres ausentes. Hablábale de las glorias españolas, de las fabulosas empresas llevadas a cabo por un puñado de hombres guiados por la Cruz, de la nobleza, sus privilegios y deberes... Pero aunque ella, en la misión que se imponía procuraba ser fuerte, muy fuerte, y sentir como pensaba, y aunque el hermetismo de la educación que recibía era otra barrera opuesta por el muchacho a toda expansión espiritual, algunas veces los sentimientos podían más que todo, y mientras las palabras de Luz traicionaban una queja digna y resignada, en los ojos del chiquillo, que se sentía débil y perdido en el mundo, pugnaban por asomar las lágrimas que sólo con violento esfuerzo de la voluntad podía contener.

De tarde en tarde Valentín veía a Eulalia. Sin duda por tácito pacto de los esposos, la niña pasaba temporadas con el padre y temporadas con la madre. Era una chiquilla alegre y bulliciosa; tenía la misma belleza de Luz pero faltábale la melancólica serenidad, y en cambio había en toda ella algo de alocado, de picante, una gracia turbulenta y desafiadora que preocupaba a la dama y turbaba a Valentín. De las temporadas pasadas con su padre traía ideas de rebeldía, despreocupación e indiferencia, que inquietaban a aquellos dos espíritus, en la soledad y el destierro fortalecidos por una serenidad ecuaníme. Luz, llena de prudencia, apenas si se atrevía a corregirla, temerosa de chocar contra los conceptos que la niña oía en labios de su progenitor y contribuir así involuntariamente a hacerla perder el respeto debido al autor de sus días. Sus predicaciones eran, pues, humildes, casi imploraciones. En cuanto a Valentín, acostumbró a mirarla siempre como a una chiquilla y como a tal reprendíale. Eulalia no se enfadaba: frívola, banal y risueña, contentábase con bromear, metiendo a barato cuanto sus consejeros la decían y en momentos de mucho apuro con huir, sacándoles la lengua con desvergonzada gracia.

Y pasaron los años, y el cariño que Valentín sentía por la nena fué transformando en un sentimiento más vehementemente tierno. Al mismo tiempo, los dos caracteres se cristalizaban, acusándose sus rasgos con mayor energía. Así Eulalia hacíase más frívola, más insustancial, enamorada de los trapos, de los trenes, de las fiestas mundanas y de las aventuras peligrosas; Valentín por su parte tornábase cada vez más serio y con-

centrado, de día en día más metido en sí mismo, más enamorado del campo, de los libros, del arte y de una amable media luz, que alejaba lo mismo las grandes apoteosis que las grandes catástrofes. Para Eulalia tenía una devoción protectora, tierna y apasionada, en que había algo de la idea del deber moral, algo de cariño paternal y algo también de esa ternura que a las personas muy reflexivas y reconcentradas inspira la gente aturdida y pueril. Casáronse. Al principio, y mientras en los albores de la luna de miel tan sólo se trató de correr tierras y divertirse en esa libertad benévola que el mundo concede a los recién casados, todo fué bien. La chiquilla adoraba a su marido y él mirábase en ella. Luego los primeros tiempos de Madrid, la instalación, el placer de jugar a la señora de la casa, hizo que las primicias de la temporada en la corte fuesen también gratas. La primera nube en el cielo de su dicha fué precisamente en aquello que más debió de contribuir a hacerlo más bello y luminoso; el nacimiento de Bebé. Para los dos fué un júbilo inmenso; pero fué distinto para cada uno. Valentín lo miró como una bendición que caía de lo alto, dejándole sumido en un arrobó dulce y soñador que humedecía sus ojos y ponía en sus gestos, cuando manejaba a la chiquilla, una veneración casi religiosa. Para Eulalia, en cambio, fué una locura, un delirio, el júbilo ruidoso y extravagante de una chiquilla a quien dan una muñeca extraordinaria. Y aquella diferencia fué la fuente de las primeras cuestiones, pues mientras Valentín quería rodear a la niña de cuidados sencillos, muy a la inglesa, Eulalia hacía de ella un juguete de inestimable precio, pero juguete al fin y al cabo. Y estalló la primera cuestión. Sin motivo, por una futesa cualquiera, entregóse a los más absurdos e injustificados reproches. ¡Estaba harta de sufrir vejaciones y vivir siempre sacrificada! ¡Ella no era una sierva sino una mujer civilizada! ¡Quería vivir su vida!... Valentín por un momento ante lo atrabiliario de tales palabras, estuvo a punto de dejarse arrastrar por la ira, pero al fin dominóse, refugiándose en una dignidad glacial. Desde entonces, abrióse entre ellos un abismo que de día en día se agrandaba precisamente porque no había nada en su fondo. Ella siguió la fácil vida mundana, teniendo por toda razón de existir el ser guapa y el ir bien vestida y él vivió una intensa vida espiritual, en que los libros fueron sus mejores amigos. De tarde en tarde, Valentín sentía un gran impulso de ternura hacia la frívola, y por un momento pensaba ir a ella, como iría hacia una criatura inconsciente que jugase al borde de un abismo, y Eulalia, sintiéndose a su vez menos fuerte de lo que aparentaba ser, deseaba arrojarle en los brazos del *amigo grande* y contarle las cuitas que oprimían su corazón-cillo de pájaro cantador y saltarín, pero una palabra amarga o una idea cruel, hacía dominar el impulso y agrandaba aún más el hondo abismo que les iba separando.

Estaban, pues, ahora los dos esposos en

expectación; él hacía como que leía atentamente lo escrito, ella desarreglaba su tocado con una atención digna de mejor causa.

En el fondo, muy en el fondo de su alma, aquella evocación de madre muerta puso una emoción que lindaba con la debilidad, y justamente el sentimiento de aquella inoportuna debilidad, hizo que Eulalia, para salvarse de él, refugiárase en agresiva rebeldía.

—... ¡Justamente!... ¡Ahora resulta que soy una mala hija, una mala esposa, una mala madre, porque no quiero prestarme a tus ridículos muy españolas, muy honestas pero *demodées*, hijo mío, *demodées*, completamente! Ya sé la teoría; para ser honrada hay que vestirse con un saco, no lavarse nunca...

Valentín la interrumpió:

—Nadie habla de tu honradez. ¡No faltaba más! Diciendo esas cosas faltas al respeto que te debes a ti misma y me ofendes a mí.

—¿Pues entonces?—hacíase desafiadora—. ¿Si no dudas, si no has dudado nunca de mí, por qué quieres esclavizarme?

El se encogió de hombros.

—Nadie quiere esclavizarte... Aquí de lo que se trata es de que te diviertas lo que quieras, lo pases lo mejor posible, hagas tu voluntad, pero que no te mezcles con la gentuza que te mezclas en Biarritz y en París, gente sin ley ni fuero, que no se sabe en el fondo quiénes son, ni de dónde vienen ni adónde van... Quiero que lo pases bien, pero no con personas cuya compañía nos pone en entredicho.

Como si le hubiese picado una víbora, saltó iracunda:

—¡Cualquiera que te oyese creería que andaba por ahí con una banda de *apaches* y *zuripantás*!... ¡Esa gentuza!... ¡Pues tiene gracia! Gentuza la princesa Bodosky, lady Floreland, la baronesa Camusko Pompey... Pues, hijo, tienen bastante más dinero y posición que nosotros...

Habló él severamente:

—No te lo discuto... Tendrán toda la posición que quieras, pero son mujeres divorciadas que andan por el mundo sin saberse por qué, gentes que no pueden estar en su país y que cuando encuentran un compatriota se hacen las distraídas.

Eulalia tenía ganas de llorar. Para librarse de aquello que consideraba imperdonable debilidad, indigna de una mujer fuerte que leía a Nietzsche y a Schopenhauer, hízose más brusca y áspera.

—En fin, no es la hora de discutir la clase de gente que es mis amigas, dentro de media hora vienen por mí y me voy.

—¿Sin mi permiso?...—interrogó él.

—Sin tu permiso... si buenamente no me lo quieres dar.

—No te lo doy.

—¿Pues sin él!

Valentín observóla un instante. Sentía deseos de hablarla como a una chiquilla, de mimosamente convencerla, pero la rigidez inglesa pudo más que la ternura, y duro ase-

—Y pasado mañana salimos para la casa de Asturias donde pasamos lo que queda de verano.

Rió irónica.

—¡Saldrás tú, porque lo que es yo!... ¡Estoy harta de necedades, de imposiciones impertinentes, de chinchorrerías ridículas!... ¡Quiero vivir mi vida!

¡Vivir su vida! Aquella salida de heroína de novela francesa exasperó a Valentín.

—Harás lo que quieras, pero si te vas, a mi lado no volverás nunca, ¿oyes?, nunca. Serás como toda esa gente que tanto te gusta, como esos judíos errantes sin tierra ni hogar, que como no tienen patria han inventado que su patria es el mundo entero, y como no tienen hogar, hacen el suyo en todos los grandes hoteles.

Eulalia se encogió de hombros.

—¡Bah! ¡Tal vez se es más feliz así libre, libre, libre, que encerrado para siempre entre cuatro paredes!

Hízose un silencio penoso. Los dos meditaban y sus meditaciones estaban muy lejos de sus palabras. Ella en el fondo, muy en el fondo de su alma no se sentía tan fuerte como aparentaba ser. ¡Es tan cómodo hacer el loco con la seguridad de que al primer dolor, al primer desengaño, al primer contratiempo serio, vamos a encontrar unos brazos que nos reciban salvadores y unos labios que murmuren en nuestro oído palabras alentadoras!

En cuanto a él formulábase a sí mismo una pregunta que le inquietaba como un remordimiento: ¿tenía derecho a tratar a aquella chiquilla loca, que no conocía de la vida sino lo que de la vida se conoce en las novelas, los teatros, los salones y las frívolas distracciones de filosofía mundana, como si fuese una persona perfectamente consciente que supiese el valor de todas las cosas? Y la dulce imagen de la mujer que fué madre de Eulalia y que con él de madre hizo las veces, acudía a su memoria. Creía verla tenderle las manos en una muda súplica de piedad, en una imploración suprema de misericordia. Con un esfuerzo dominó las amargas irritaciones que hervían en su pecho, y levantándose de la butaca, fué a ella benévolo y acogedor. Tomó sus manos, y con voz llena de afecto, hablóle persuasivo:

—¡Ven acá, chiquilla, y no seas caprichosa! ¿No comprendes que lo digo por tu bien? ¡Si sabes lo que yo te quiero y que por no disgustarte soy capaz de todo!

Pero Eulalia permanecía yerta, inabordable. Entonces Valentín acudió a otro registro:

—¡Pero es que tú crees que es posible que te vayas así como así?

En vez de rendirse al afecto, con voz blanca, voz sin matiz ni expresión, se dejó caer desdenosa:

—Si me detienen a la fuerza...

Hízose aún más afectuoso:

—A la fuerza, no, chiquilla... Pero piensas en tu nombre, en nuestro cariño de toda la vida, en nuestra hija...

Glacial desasíó sus manos y murmuró

siempre con la misma voz lejana, inexpressiva:

—¡Lo pensaré!

Después lentamente, sin volver la cabeza, salió.

II

LAS TRES HADAS QUE OLVIDARON CONVIDAR AL BAUTIZO DE LA HIJA DEL REY

Ya en su cuarto, la voluntad de Eulalia flaqueó y estuvo a punto de deshacerse en llanto. Pero la frivolidad misma del lugar, una frivolidad guateada y amable, salvóle de lo que ella consideraba vergonzosa claudicación.

La estancia era un encanto de buen gusto banal. Las paredes de laca gris, con vagas alegorías Luis XVI, tenían *panneau* de moaré malva sobre el que se destacaban algunos cuadros de una belleza más decorativa que verdadera; retratos al pastel de un siglo XVIII convencional; paisajes escuela Watteau y algunas de esas confusas acanelas de ignorados artistas en que los colores se combinan como en un traje de baile. Los muebles eran de talla gris también, forrados con pálidas estofas chinecas bordadas de rosas absurdas e inquietantes pajarracos; y por todas partes veíanse viejos cacharros orientales llenos de rosas. Un estor, malva asinismo, dejaba filtrarse una luz suave, un poco cárdena, que hacía a la Moncada más rosa, más fresca y pomposa, con una belleza llena de vida juvenil y de alegría.

Detúvose, pues, Eulalia ante el gran espejo de tres hojas que ocupaba el centro del cuarto, contemplóse largo rato, limpió con rabia una lágrima inoportuna que temblaba en el borde de la pestaña, arreglóse con el lápiz castaño los leves desperfectos ocasionados por la bronca, dióse Rimmel, un leve paso de colorete, empolvóse, coloreó con la barra roja los labios de suyo húmedos y coralinos, y de pronto dejóla caer descorazonada y formulóse a sí misma la pregunta que hacía media hora rechazaba; ¿debía de ir aún contra la voluntad de su marido? Por un momento tuvo como la noción del absurdo que iba a cometer. ¡Tantas cosas buenas, tibias y gratas!... El hogar confortable como un nido, las comodidades, el respeto de las gentes, la tranquilidad moral... Con misteriosa clarividencia entrevió la verdad de la existencia que decía envidiar. Recordó los gestos, las palabras, las mal disimuladas inquietudes; vió los súbitos estallidos de ira, la hiel que se destilaba por nunca cicatrizadas heridas, las muecas de despecho disimuladas con palabras de desdén... ¡Y, sin embargo, ira!

Otra vez comenzó a rehacer el maquillaje, aquel infame maquillaje que era una profanación a su suave belleza, un poco cándida y un poco sentimental.

Su pensamiento, pese a los esfuerzos por dominarlo, volvía al problema fundamental

en cuya resolución estaba la clave de su vida entera. ¿Obedecer? Un misterioso instinto la decía que sí, que era preciso obedecer y conformarse, que no debía dejar el nido engañado por una primavera fugaz para correr los albores de la tormenta. Casi sintió deseos de ir al cuarto de Valentín y echarle los brazos al cuello, pero... Aquello era peor que una humillación, aquello era un renunciamento. Y la frivolidad y las pueriles vanidades de mujer guapa que no conoce el dolor más que en las novelas y en las comedias, ofrecíale fantásticos panoramas de fiestas mundanas, donde triunfaba sobre todas las rivales; locas excursiones de automóvil en que gentes puerileras contemplaban extáticas las damas de inverosímiles atavíos; trajes maravillosos, joyas dignas de una emperatriz de leyenda... ¡No, decididamente no pediría perdón! La vida era demasiado bella y no valían la pena ciertos remordimientos.

Un criado anunció:

—Las señoritas de Pantoja-Carreño.

—¿De Pantoja-Carreño?—preguntó extrañada.

El servidor se inclinó asintiendo:

—Sí, señora; de Pantoja-Carreño.

Eulalia murmuró:

—¡Qué raro!

Luego ordenó al lacayo:

—¡Que pasen!

Sin reconocerlo ni aun ante el secreto tribunal de su conciencia, se alegró. Estaba en uno de esos momentos de debilidad moral en que necesitamos alguien que nos oiga y nos consuele, en uno de esos momentos en que, aunque presumamos de fuertes, echamos de menos un refuerzo moral. Tal vez hubiese preferido una cualquiera de aquellas gentes locas que de común la rodeaban y que hubiesen sido—con el temor a su ironía, la vanidad de competir con ellas en fortaleza y el aturdimiento de su insustancialidad promoviendo trascendentes problemas (como, por ejemplo, el del triunfo de los colores violentos sobre los medios matices o el del regreso a las crinolinas en un abandono absoluto de los *minarets*)—un refuerzo de energía... pero, en fin, mejor que sola...

El criado abrió la puerta y como una avalancha precipitáronse en el *boudoir* las señoritas de Pantoja-Carreño. Eran tres como las Gracias, como las Parcas, como las Gorgonas, como las Euménides, tres como las hijas de Helena, pero al revés de estas señoras (y no lo digo por las Gracias, pues no conozco su vida a fondo y no quisiera calumniar a tan bellas damas), las tres eran buenas.

Aldonza, Gimena y Elvira (con estos nombres y altisonantes nombres bautizáronlas sus padres) eran huérfanas, solteronas, feas y de harto modesto peculio. Pero eran buenas como el buen pan, buenas hasta la hipérbole, buenas hasta el absurdo. Habíanse hecho a fuerza de bondad una vida grata y llevadera en que nada echaban de menos porque nada deseaban y en que como no esperaban cosa extraordinaria alguna, cualquier futesa constituía una alegría, una sorpresa grata

para ellas. No pensaban sino en hacer bien, o por mejor decir, hacían el bien inconscientemente, por espíritu de bondad y aquel correr de hechos menudos constituían el tejido de sus vidas grises y monótonas. Cada una de las tres hermanas tenía su especialidad; la de Aldonza (la mayor) eran las bodas, y no había señorita modesta, en sus relaciones, que escasa de dote y sobrada de prendas personales, se viese amenazada de quedarse a vestir imágenes, en socorro de quien no acudiese ella para acabar casándola con algún buen muchacho más laborioso que rico, pero que por regla general dábale por satisfecho y conseguía una felicidad humilde, bastante a sus aspiraciones. Tan a pechos había tomado aquella usurpación de las facultades que el vulgo atribuye a San Antonio, que ella insensible a los halagos de los hombres, no podía saber de ninguna presunta solterona sin sentir una comezón que no la dejaba descansar hasta ver a la interesada camino del altar, envuelta en un velo blanco y del brazo de un caballero joven o viejo, alto o bajo, rubio o moreno, pero marido admisible al fin y al cabo. La especialidad de Gimena eran los niños, y en su corazón de pobre solterona condenada a no conocer jamás los goces y padecimientos de la maternidad, había un caudal inagotable de ternura por los chiquillos. Sentía por ellos un amor rayano en la chifadura y sabía encontrar palabras de una adoración fervorosa que raramente igualaban las madres de verdad; gestos de un mimo tan delicado y suave que aun los más frágiles, quisquillosos y quebradizos se dejaban arrullar por ella; sonrisas que iluminando su mísero rostro, que nada tenía que agradecer a la naturaleza—madrasta para ella—, dábale tal claridad de misterioso y abnegado afecto, que llegaba a embellecerlo. Los niños eran su debilidad y su locura. Si se ofrecía ocasión cuidábase al nacer, acallaba con acentos de sobrehumana dulzura, hallados en no sé qué recóndito tesoro de amor, oculto en su corazón como en la cueva que sólo podría abrirse al conjuro de un sésamo maravilloso, sus primeros llantos; hacíales reír con las muecas de un grotesco triste de su cara irónicamente fea, sosteníales en sus primeros pasos y luego iba adaptándose maravillosamente a los gustos y caprichos de cada edad. En cuanto a Elvira, su especialidad eran los muertos. No había duelo en que no estuviese ella y donde con sus oraciones por el difunto no pudiese el holocausto de sus lágrimas y crespones. En realidad no eran sólo los muertos de quienes se ocupaba, sino de cuantas personas sufrían quebranto físico, moral o espiritual. Casa en que caía la desgracia, casa en que aparecía ella siempre útil, servicial, paciente y buena. Cuando no bastaban oraciones y dulces palabras, acudía con su propio esfuerzo y aun, muchas veces, con el auxilio de su menguada bolsa. Nadie como ella sabía cuidar a un enfermo, consolar a una viuda, amparar a unas huérfanas.

Claro está que con tan amplias y varias facultades, sus simpatías eran infinitas y sus

amistades se multiplicaban como las arenas del mar. En todas partes se les acogía con cariño, se les agasajaba con entusiasmo y se les echaba de menos en las ausencias. Y ellas contentas de aquel afecto que en su modestia no creían merecer, redoblaban sus bondades presididas siempre por una virtud suprema, la de la prudencia. Nunca estorbaban, nunca estaban de más, nunca molestaban a los otros con altisonantes discursos de virtud, ni incómodos sermones de moral; el bueno para ellas merecía admiración, el malo respeto, porque podía con el tiempo llegar a ser bueno.

La fealdad de las tres hermanas iba en una escala ascendente, paralela a su escala de bondad. Así, mientras los ojos grandes, un poco dulzones, y los dientes firmes e iguales de Aldonza, daban a falta de belleza simpatía a su rostro, la nariz remangada, la boca demasiado grande y los ojos demasiado chicos de Gimena conservaban un pequeñísimo destello de gracia, a la pobre Elvira era imposible, aun para la persona más benévola y mejor dispuesta, encontrarle el menor atisbo, no diré de hermosura, ni aun de corrección pasadera. La nariz larga y penduliforme; las mejillas rojizas, filigranadas de venas violetas; los labios gruesos y amoratados y los ojillos negros perdidos en la profundidad de las ojeras; era fea, hiperbólicamente fea, abracadabramente fea. Además no tenía ni la énfasis de Aldonza, que, muy anticuada, *muy mil ochocientos setenta y cinco*, sabía recitar con voz engolada y altisonante y gestos rotundos, versos de Hartzenbuch, de Zorrilla y de don Juan Nicasio Gallego; ni la puerilidad gentil de Gimena que sabía contar cuentos a maravilla, y aun en caso de necesidad, cuando su repertorio fluqueaba, inventarlos muy donosos, ella, la pobre, no sabía sino ser buena sin grandes ringorranos.

A Eulalia aquellas parientas no la hacían feliz, pero en realidad exageraba su antipatía hacia ellas, puesto que algunas veces, después de uno de los exabruptos con que las abrumaba, sentía un remordimiento que ahuyentaba fácilmente, prometiéndose para lo futuro una amabilidad que luego por un motivo u otro no acababa de solidificarse. Ella no quería fantasmonas pedantes y predicadoras... Pero, poco a poco, con su bondad, habían ido desarmándola y acostumbrándola a ellas. Además parecía cosa de brujería, pero aquellas mujeres siempre llegaban a tiempo, unas veces para consolarla y serle útil, otras para admirarla en las grandes apoteosis de belleza o de triunfo social. Así y todo, cuando el nacimiento de Bebé, en las injustas rabietas de su estado, Eulalia llegó a detestárselas de tal modo, que no sólo las hizo alejar de su lecho de dolor, sino que además prohibió formalmente que se les invitase al bautizo. Pero aquellas mujeres, con una admirable seguridad en sí mismas que tenía su origen en la limpieza de toda falta, atribuyeron el desaire a naturales nerviosidades, y cuando Eulalia, un poco avergonzada, las invitó a ver a la niña, acu-

dieron prestamente, y en vez de volver sobre la recién nacida, como las hadas de antaño rencorosas de haber sido olvidadas, todos los males, depositaron en la cuna, si no todos los bienes, cosa que no estaba en su mano, todos los deseos de bien y todas las ternuras que se desbordaban de su corazón. Bebé según crecía, con ese instinto que tienen los niños para saber quiénes son sus verdaderos amigos, las adoraba y placíase mucho en su compañía. Ante aquel tierno afecto que sentían en el corazón de la niña, una ternura inmensa florecía en el corazón de las tres solteronas por la muñeca bonita, que sabía reír con trinos y gorjeos de pajarito. La prudencia era, sin embargo, el lazo que les ataba, impidiéndoles expansionarse con indiscreto exceso. También, y pese a la pueril hostilidad que adivinaban en ella, sentían un gran afecto por Eulalia, cuyas impertinencias miraban como cosas propias de niña caprichosa y mal educada.

Ahora mismo permanecían sumidas en azorada perplejidad ante el recibimiento que les hacía Eulalia.

En línea de batalla, las tres hermanas, instalábanse por orden de fealdad, que los atavíos extraños subrayaban hasta lo épico. No sé si fué Julito, el que oyendo a la Moncada lamentarse de sus indumentarias y exclamar en un momento de pánico: "¡Yo no sé quién las viste!", adivinó la modista en una frase sangrienta: "¡Sus enemigos!" Justificaban la ironía sobradamente aquella tarde, pues sus *toiletas*, en vez de paliativo a su fealdad, eran a modo de sangrientas pinceladas con que un artista cruel las hubiese subrayado. Aldonza, como la más joven y osada, lanzaba un fieltro borgoñón gris con larga amazona azul, que si bien sombreaba los ojos robándoles el luminoso encanto, en cambio realizaba en rara caricatura los gestos enfáticos que le daban el aspecto de un actor viejo representando una comedia calderoniana. Gimena, no sé si contagiada por los gustos del señor de Polichinela, cuya historia contara tantas veces, habíase ataviado con un tricorno de paja azul con plumas blancas, que si iba mal con su rostro, aun iba peor con el traje (un *tailleur* de paño verde con pasamanerías negras); y en cuanto a Elvira, la capota corinto con adornos morados, resultaba como una prolongación del rostro, que así tomaba el inquietante aspecto de enorme berenjena. En cambio el cuerpo, de suyo desgarrado y feo, éralo aún más en el traje gris perla con lunares blancos del tamaño de un platillo de café. Verdad que para paliar su excesiva claridad, la buena señora habíase puesto una de esas absurdas pelerinas de moda hace veinte años, muy corta y ceñida y con altísimas hombreras de peluche *mordore*.

Al fin rompieron a hablar las tres a un tiempo, atropellándose, quitándose una a otra la palabra de la boca, riendo, gesticulando, ansiosas de contar lo que para ellas constituía extraordinario acontecimiento, que venía a romper la monotonía de sus vidas.

— ¡Hija, una locura!

—¡Una cana al aire!
—¡Hemos perdido la cabeza!
—¡De esta hecha a San Bernardino las tres!

—¡Parecemos tres inglesas! (para aquellas damas, las inglesas eran el prototipo de la mujer que no puede estar quieta en ninguna parte).

Benévola, tocada de súbita simpatía por ellas, Eulalia, se asombró:

—¡Sí que estoy admirada! ¡Vosotras en Biarritz!—Y con leve ironía:— ¡En este antro de perdición!

—¡Y si no fuese más que Biarritz!—suspiró la menor de las Pantoja-Carreño, temerosa en el fondo por su honestidad.— ¡A París, hija, vamos a París!

Eulalia, siempre con suave burla, se santiguó:

—En el nombre del Padre... ¡Me dejáis pasmada!

Las tres hermanas se esponjaban satisfechas. Para ellas, aquel viaje en el otoño de su vida era la suprema locura que apenas se habían atrevido a soñar. Biarritz, París, Suiza, Italia... Ver Casinos famosos, recorrer aquellos bulevares de que habían oído hablar tanto, ir al Panteón, a la Conserjería, al Temple a llorar las desdichas de Marie Antoniette, subir a la torre de Eiffel, tomar el Metropolitano... Después cruzar Suiza y por fin ¡¡Roma!!... Claro está que los Casinos los verían por fuera, pues ni su decoro ni su peculio, bastante escaso, se lo permitían de otro modo; que los hoteles serían como museos visitados desde la modestia de las *Pensiones* donde ellas se alojaban y que en París, fuera del Temple, la Conserjería, el Louvre y la torre de Eiffel nada verían... Pero su candor entusiasta, la modestia de su vida en que no había habido nada de nada, hacíanle soñar todo aquello e imaginárselo infinitamente más grato que lo que era en realidad, para las gentes que habitualmente pasean su *spleen* por ellos.

La Moncada, decididamente en vena de amabilidades, les halagó en su pasión:

—¡Qué corretonas!... ¿y cómo se os ha ocurrido la idea?

Aldonza, con su habitual prestancia, explicó:

—Pues, hija, no queríamos morirnos sin ver un poquito de mundo, y como este año, a Dios gracias, las cosechas de Cuenca han sido buenas y teníamos unos ahorrrillos, pues hemos aprovechado para arreglar en una agencia de esas que hay ahora un viajecito de tres meses por Francia, Suiza e Italia. Ya ves, ir a París, a Ginebra y Lucerna y luego a Roma, es muy tentador.

Elvira creyó en el caso de explicar:

—Yo no quería morirme sin ver al Papa.

Gimena, por su parte, añadió:

—Ni yo sin ir a Lourdes y ver a la Virgen.

Por decir algo murmuró la Moncada:

—Yo creía que habías estado en Francia ya.

Gimena, tras una sonrisa, fué explicando:

—Sí, pero como si no. Fué cuando se le

murió el niño a mi pobre sobrina Rosario y fuimos a Burdeos... Pero de la estación al hotel y de allí a la estación, cuando enterraron al angelito, ¡Qué pena, Dios mío, qué pena!... No estábamos para nada, y además como no teníamos un cuarto, tuvimos que volvernos en tercera.

Por primera vez en su vida sintió Eulalia un inmenso, un verdadero impulso de simpatía por las pobres viejas, mezclado con una gran admiración. ¿No era mejor, mil veces mejor la alegría hecha de tristeza y de satisfacciones del deber cumplido de aquellas infelices, volviendo en un coche de tercera después de gastar sus pobres ahorros en acudir a cuidar a una enfermita, que el mal humor hecho de cansancio y de hartazgo de tantas otras que volvían de París cargadas de trapos y joyas en un confortable departamento del sud exprés? Decidida ahora a ser cariñosa con ellas ofreciéndosele solícita:

—¿Puedo servirlos en algo? ¿Una carta para el embajador de París? Es muy amigo y os facilitará todo... ¿O mejor para el de Roma?... Así os pedirá audiencia y veréis al Papa... Os voy a dar las dos...

Púsose a escribir rápidamente con trazos firmes y nerviosos, mientras las otras cohibidas por la trascendencia de aquella misiva permanecían sumidas en respetuoso silencio. Al fin púsose la Moncada en pie y para cortar la avalancha de frases agradecidas con que las tres la rociaban, interrogó:

—Conque ¿cuándo os vais?

—Cíelo —explicó Aldonza— que mañana por la mañana temprano para llegar a Burdeos, ver aquello y seguir pasado por la noche a París.

—¿Y allí?...

—Quince días y luego Suiza.

La Moncada no pudo ocultar más sus preocupaciones e involuntariamente púsolas sobre la pista.

—Pues puede que nos encontremos por esos mundos de Dios.

Las tres la miraron asombradas.

—¿Vais a hacer un viaje?

Eulalia rectificó:

—Voy a hacer un viaje.

La extrañeza de las vestales subió de punto.

—¿Sola?—interrogaron a una.

Con falsa seguridad afirmó ella:

—Sola.

El asombro, la admiración, el pánico, no respetó los límites de la buena educación que veda los interrogatorios, y fué una nube de preguntas:

—¿Y Valentín?

—¿Y Bebé?

—¿Y esta casa?

fingiendo un aplomo y un desdén que no sentía, explicóles Eulalia:

—Valentín se va a Asturias... Bebé se viene conmigo por ahora y en cuanto a la casa, no sé lo que Valentín habrá decidido.

Ni el mundo hundiéndose en misteriosos espacios hubiese producido mayor espanto, ni un bué volando mayor asombro, que el que aquellas palabras llevó al cuitado áni-

mo de las solteronas. No podían creer a sus oídos, y así interrogaron llenas de ansiedad en una imploración desesperada:

—¡Mujer, por Dios, explícanos qué pasa!... ¿Está malo tu marido?... ¿Vas tú a consultar a algún médico?... ¿Le sientan mal estos aires a Bebé?

¿Vergüenza... tristeza?... No sabía lo que era aquello, pero indudablemente ante el afectuoso candor de las viejas, un sentimiento muy parecido a la debilidad enseñoreábase de ella; contra él reaccionó iracunda:

—¡En el fondo nada de particular!... Que Valentín y yo no nos entendemos y vamos a separarnos.

Las tres solteronas hicieron a un tiempo la señal de la cruz, como si hubiesen visto al diablo:

—¡Jesús!

Luego cada una dejóse llevar de su particular impresión.

—¡Pero, criatura, tú estás dejada de la mano de Dios!... ¡Un divorcio en nuestra familia, una familia modelo de cristiandad siempre, en una familia donde hasta Santos hubo!...

—Pero ¿y Bebé? ¿tú has pensado, criatura, el daño que le vas a hacer?...

—¡Para tan poco tiempo de vivir como nos da Dios, no vale la pena hacer una cosa así!...

Eulalia quiso justificarse:

—Pero al fin y al cabo no tiene nada de particular... ¡Si ni siquiera es un divorcio! Una separación amistosa por incompatibilidad de caracteres...

Las pobres viejas estaban aterradas.

—¡Pero tú has pensado en lo que dirá la gente?—insistió Aldonza—. ¿No comprendes que la sociedad es muy mala y siempre se pone en lo peor y sabe Dios lo que inventarán y las infamias que dirán de vosotros?

La Moncada encogióse de hombros.

—¡Bah! Eso es lo que menos me importa... Además hay momentos en que nuestra felicidad es lo primero... Ya sabéis que "el amor y la caridad bien entendidos empiezan por uno mismo".

—¡La vida es tan breve—suspiró Elvira—que el peor Calvario subido con paciencia dura lo que un soplo de aire, y la cruz más pesada llevada con alegría, es ligera como una pluma.

—¡Yo no he nacido para subir Calvarios con cruz auestas!—protestó vehemente Eulalia.

Las tres hermanas permanecieron pensativas un momento. ¡Era verdad! ¡Ella no había nacido para padecer! Era demasiado joven, demasiado alegre, demasiado bonita. Bueno estaba el dolor para ellas, viejas, feas, pobres y tristes; pero para Eulalia... una justicia humilde que era injusticia para sí mismas, dictábaseles palabras de consuelo llenas de un maravilloso espíritu de piedad:

—Claro que tú no estás hecha para sufrir, pobrecita; pero, mira, algunas veces es mejor padecer un poco que hacer cosas que tal vez no tienen remedio luego.

Gimena imploró:

—¡Sobre todo, acuérdate de tu hija!

Como si aquello fuese una evocación, hizo irrupción en el salón Bebé.

Era una muñeca rubia y sonrosada, frágil en la breve falda de encajes y la pamela muy *Segundo Imperio*, de paja de Italia adornada con rosas enanas y largas cintas de terciopelo negro. Pero no era la muñeca clásica de expresión abobada, sino una de esas modernas muñecas llena de gracia e ingenua travesura en que los ojos muy abiertos tienen una expresión deliciosa de burla y asombro.

A su vista, como por ensalmo, las Pantoja-Carreño olvidaron las peliagudas cuestiones discutidas con Eulalia y cubriéronla de besos:

—¡Rica!

—¡Pichona!

—¡Cielo!

La nena, en vez de indignarse de la avalancha de caricias con que le obsequiaban las tres Parcas, mostróse encantada del encuentro con aquellas amigas que nunca le negaban ningún gusto y que dócilmente se prestaban a todos sus caprichos. Primero contemplólas con atención profunda; después tiró a Aldonza de la suntuosa amazona azul; pasó luego a acariciar con los dedos de rosa la esclavina de *peluche* de Elvira, y por fin, ya edificada sobre las indumentarias de sus amigas, pidió con descaro:

—¡Caramelos!

—¿Caramelos?... ¡Jesús, mujer, qué memorias!... ¡Y vosotras cómo no os habéis acordado!—y Gimena apostrofaba a sus hermanas—¿dónde tenéis la cabeza?

Eulalia llamó a su hija:

—Bebé, ven acá y no molestes a las tías.

Pero ellas protestaban:

—Molestar... ¡Ángel de Dios, qué había ella de molestar!... Ven con nosotras que somos muy malas y nos hemos olvidado de traer caramelos a la niña bonita.

Gimena se encará con Eulalia:

—¡Hija, no sabes la suerte que tienes con tener un tesoro así!

Y Elvira a su vez, como la mayor y la más reflexiva, trató de aprovechar aquel punto vulnerable para disuadir a la frívola de sus descabellados proyectos:

—Mira, mujer, no debes de quejarte, que aunque tengas penas todos las tenemos, y tú al fin y al cabo tienes esta gloria.

Aldonza empujó a Bebé:

—¡Anda, ve a abrazar a mamá!

La chiquilla con un vuelo de pájaro corrió a los brazos de su madre, y sin preocuparse del peligro de chafar la *toilette* encaramóse en sus rodillas. Pero con ese precoz instinto de los niños, leyó algo extraño en sus ojos, y con su vocería de pajarillo interrogó, abriendo mucho los ojos y poniendo una cara de atención reconcentrada:

—¿Mamá, mamita, *porque* está triste?

Para librarse de la emoción que se apoderaba de ella, Eulalia la dejó en el suelo:

—¡Bebé, no seas mal criada!... ¡Me estás estropeando el vestido!

Dió unas vueltas sin rumbo. Estaba nerviosa, inquieta. Aquellas dichosas solteronas acabarían por enternecerla con sus estúpidas carantoñas. Como ellas eran feas, pobres y viejas, no sabían nada del mundo, creían que todo era lo mismo.

Súbitamente, como si por misterioso signo se hubiesen puesto de acuerdo las tres, imploraron:

—¡Déjanos a Bebé esta tarde!

Bebé palmoteó loca de júbilo:

—¡Sí, sí, yo *quelo*!

Eulalia se excusaba:

—Hijas, lo siento en el alma; pero he ofrecido a la de Le Blond llevarle a la niña hoy y va a venir Julito con el "auto".

Pero Bebé se sublevaba.

—¡No *quelo chulito*! ¡*Quelo* tía Chimenai! Las solteronas se hicieron muy humildes, muy pequeñas, muy suplicantes:

—¡Mujer, sé buena! ¡A ellos les es igual otro día y para nosotras es un alegrón!

La Moncada cedía:

—Si tanto empeño tenéis...

Una claridad de júbilo iluminó las tres carátulas grotescas:

—No sabes el gusto que nos das...

Abrióse la puerta y el criado anunció:

—El señor de Calabres que está a recoger a la señora Condesa.

Eulalia, libre por fin, retornaba de golpe a la frivolidad, contenta de escapar al reproche de las parientes chinchorreras, dió un último vistazo al espejo, y, ligera, alada, bellísima, huyó.

Mientras el automóvil arrancaba, volvióronse a saludar a la nena, que desde la terraza, rodeada de las viejas, les decía adiós agitando un pañuelo.

En pleno sol, entre las flores que se esponjaban en la tarde estival, acariciada por el vuelo de las mariposas que subían del jardín y saludada por el canto de los pájaros, Bebé, tenía la gracia frágil de una princesita de cuento mágico. Junto a ella las tres estantiguas, con sus rostros horrendos y sus atrabiliarios atavíos, parecían las tres brujas del jardín encantado.

Julito se echó a reír:

—¡Divino!... ¿De dónde las has sacado? ¿de algún cuento de Andersen?

III

LO IRREMEDIABLE

La serenidad maravillosa de la noche devolvió un poco de calma a su espíritu. Por un momento, acodado al barandal de piedra del gran balcón que, como la quilla de un bajel quimérico, avanzaba hacia el espacio azul, soñó olvidado casi de sus inquietudes.

La noche era prodigiosamente bella. La luna brillaba argentada, y algunas nubecillas que bogaban por el cielo servían para aumentar la profundidad inmarcescible de la bóveda azul en que titilaban los luceros. El mar, rielado de luna, era verde y transparente

rente con misteriosos reflejos de peridote a lo lejos, de gasa muy pálida que se desrizaba en blancos encajes en la playa. Las olas resbalaban en lento vaivén, rompiendo contra las rocas con rumor sordo y monótono.

Así, bajo el firmamento tachonado de estrellas, frente al agua que como una llanura de plata se perdía en lontananza, todas las cosas cambiaban y los valores eran otros. El cielo hacíase tan maravillosamente profundo, tan admirablemente luminoso, que el alma entera, como un águila o una llama, pugnaba por volar hacia lo alto hasta perderse en no sé qué ignoradas regiones. Valentín sin poderlo remediar soñó en voz alta: "¡Dios mío! ¿Por qué luchar? ¡Una noche así vale toda la vida!"

Sin embargo, con un esfuerzo trató de sustraerse al encanto que le hacía olvidar y entróse en el despacho. Allí la sensación era otra y otra también la tentación que misteriosamente iba al asalto del mal defendido reducto de su voluntad.

El despacho no hablaba de infinito ni de ensueño, ni de cosas vagas y esotéricas, pero en cambio decía de paz, de bienestar, de júbilos familiares...

El zócalo y el artesón de roble claro, la cretona florecida de geranios rojos, los muebles de piel granate, amplios, cómodos, alegres y confortables, los retratos, al pastel, de Eulalia y de Bebé, y por fin, el gran cuadro representando a Luz Moncayo, daban a la habitación un íntimo encanto, una sensación de bienestar, de confort, de alegría.

¡Y era preciso deshacerlo todo, abandonarlo todo o vivir allí en perpetuo peligro de que el recuerdo, como una gota de agua, fuese trabajando la voluntad, y ésta, por fin, flaquease!

Valentín dejóse caer en una butaca y ocultó la cabeza entre las manos. Una pregunta que era como amenaza suspendida sobre su energía, acudió a su imaginación por centésima vez: ¿tenía derecho a tratar a Eulalia así? ¿No sería mejor, como un padre, como un sacerdote o como un médico, acudir solcito al consuelo y dirección de aquel inquieto espíritu de mujer? ¿No sería mejor día por día, hora por hora, hacer una secreta labor de encauzamiento y, a fuerza de cariño y abnegación, moldear aquella rebelde arcilla?

Sentía un gran descorazonamiento. ¡Era inútil! ¡Inútil completamente luchar! En siete años de matrimonio no había conseguido nada. Eulalia, rebelde por carácter y por educación, en cuanto tratábase de vencer su voluntad oponía una fuerza agresiva que se desfogaba en palabras agrias y conceptos crueles que herían más que todas las injurias. Pero también su conciencia le acusaba a él de falta de ductilidad y comprensión. ¿Acaso había cumplido con su deber? Y sentía como punzador remordimiento, una voz que le decía rotundamente que no. Al principio, porque le parecía gracioso y amable aquel juego de frivolidad, habíase dejado arrastrar el mismo por la tentación; luego,

cuando más experimentado dióse cuenta de sus peligros, a la primera repulsa de Eulalia, en vez de a fuerza de constancia y ternura tratar de convencerla, habíase encerrado en aquel britanismo frío y correcto, que abriera entre ellos abismos mucho más profundos que todas las puerilidades de ella. ¿Y ahora? Sentíase vencido de antemano. ¿Ceder? ¿Para qué? Serían unos días de paz que se alteraría a la primera contrariedad. ¿La energía? ¿El carácter? Peor aún, pues su mujer llegaría a odiarle. No había, pues, sino abrirle la puerta de la jaula y dejarla volar.

El reloj dió las once y media, y una nueva inquietud apoderóse de él. ¿Se iría sin despedirse? ¿Tendría el valor de salir de aquella casa sin decirle adiós? Sin verse, sin provocar cuestiones desagradables, el administrador lo había arreglado todo. Eulalia no quería casas, ni muebles, ni nada. Bastábale, según ella, con los grandes Hoteles, con los palacios mundiales donde hacen su hogar los que carecen de él. Demasiado delicados ambos para discutirlo, la cuestión de intereses no había existido, en un pujilato de generosidades. En cuanto a la niña... Aquello había sido el objeto principal de la batalla. Los dos la querían consigo; los dos necesitaban de sus risas y de sus mimos para ser felices. Al fin se habían arreglado las cosas. Dividirían el año en cuatro períodos de a tres meses cada uno, y la nena los pasaría alternativamente con ambos. Bebé estuvo a punto de echarlo todo a rodar; ella quería estar con mamá pero quería estar también con papá, y como no podían partirla, quería que estuviesen juntos. Al fin, engañada por halagadoras promesas de su madre, dejóse convencer y todo se arregló.

Sin confesárselo ni aun a sí mismo, Valentín deseaba ardientemente verla, tal vez con una remota esperanza de que se fundiese el hielo.

De pronto, latióle violentamente el corazón. Alguien llamaba a la puerta.

—¿Adelante!

Lentamente penetró en la estancia Eulalia.

Estaba pálida; mejor dicho, se adivinaba su palidez al través de la capa de colorete absurdamente espesada aquel día. Tenía los ojos hundidos, amoratadas ojeras y, pese a sus esfuerzos por disimularlo, un gran aire de tristeza. Conservaba el atavío de la tarde: una falda de gasa blanca de muchos volantes y una chaquetilla de *glacé* negro.

Valentín alzóse del asiento y saliendo a su encuentro, formuló lleno de afectuoso reproche:

—¡Gracias a Dios! Creí que eras capaz de marcharte sin despedirte de mí.

No sonrió, no tuvo un gesto que implicase afecto ni simpatía: permaneció reposada y serena.

—No. Tenía que darte las gracias por tu caballeroso comportamiento conmigo.

La voz era fría, blanca, sin matices, la atroz voz impersonal, peor que todos los gritos y todas las discordancias. Era uno de esos tonos monótonos de las personas que se

han impuesto un papel y que por nada ni por nadie están dispuestos a salir de él.

Así lo comprendió Valentín y traicionando su emoción y con ella sus secretas angustias, imploró:

—¡Sientate un momento siquiera!

Se excusó correcta, con esa amabilidad complaciente que parece lamentarse de tener que oponer una negativa a un ruego, que en el fondo le es indiferente:

—¡Tengo tanto, tanto que hacer aún!

Olvidado de su energía, dominado por el corazón que derrotaba a la voluntad, prisionero de una emoción que se agrandaba a la vista de aquella mujer que, sin quererlo, miraba siempre como una chiquilla, imploró:

—¡Sé amable, aunque no sea más que un momento!

Ella muy seriecita, con sus gestos de niña formal que juega a las personas mayores, sentóse en el borde de la butaca que su marido la ofrecía y murmuró:

—Si te complace...

—Ya que es la última vez...—y sonrió. Fué una pobre sonrisa triste, una de esas sonrisas de enfermo que se sabe desahuciado, y que, sin embargo, dice que se va a morir con la loca esperanza de oír en los labios de los que le rodean una promesa alentadora.

Quizás realmente no sintió la pena que latía en la frase, quizás, y es más probable, la coraza de que se había revestido era muy firme, el caso es que en vez de responder, refugióse en la frivolidad como en un terreno inabordable:

—He recibido hoy una postal de tus primas, las Pantoja-Carreño, desde París...; las pobres están locas de contentas.

Pero Valentín no quiso seguirlo por aquellos derroteros, y con voz impregnada de melancolía, volvió a su tema:

—¡Para siempre!... ¡Si vieses qué triste resulta, Eulalia, la palabra siempre!...

No pudiendo escapar al tema peligroso, permaneció, sin embargo, lejana a él:

—¡Qué le vamos a hacer!... ¡La vida es así!

Protestó él con calor:

—¡No; no!... La vida no es así; la fuerzan a ser así, que no es lo mismo.

Ella encontró una respuesta ambigua:

—El nombre no hace a la cosa.

Pero Valentín dejábase arrastrar por todas sus amarguras en un vago instinto de conservación que triunfaba sobre los falsos britanismos y la necia serenidad:

—¡No, Eulalia, no! Hay un límite en que los nombres son indiferentes, en que puesta en juego nuestra felicidad, tenemos que defenderla a toda costa, en que nuestra vanidad, nuestro amor propio, todo lo que de común nos preocupa, llega a sernos más indiferente que las cosas que constituyen la médula de nuestras vidas.

Habló ella evasiva:

—No comprendo qué relación...

Con calor, poniendo en sus palabras toda su alma, habló él:

—Por misericordia, por lo que más quie-

ras y hayas querido en el mundo, por la memoria de tu madre, por el cariño de tu hija, escúchame Eulalia, escúchame como si fuésemos a comparecer ante Dios y Él tuviera que juzgarnos.

Ante el tono solemne, ante el dolor que vibraba en aquellas palabras, un dolor infinito, un dolor de desgarramiento interno, la mujer que se había puesto ya en pie tornó a sentarse. Entonces, con voz muy lenta, habló él:

—Ya sabes lo que te quiero, Eulalia. Para mí eres sagrada. Antes que contrariar tu voluntad, prefiero morir. No sé si este cariño es perjudicial para los dos; no sé si esta absurda abnegación nos hará desgraciados para siempre, pero mejor que contrariarte, mejor que luchar contigo, prefiero agonizar de tristeza. Mi nombre...

Irguióse ella como ante un ultraje:

—¡Ya sabes! que tu nombre permanecerá siempre limpio de mancha, ya sabes que soy una mujer honrada!

—Lo sé—murmuró él con melancolía—y por eso te dejo ir. ¡Ay de ti si creyese lo contrario!

—¿Entonces?...—interrogó ella.

—No basta eso. Yo te quiero. Descaminado o no, mi existencia entera ha sido un perenne esfuerzo para hacerte feliz... Me he equivocado...

—¡Te has equivocado!—interrumpió ella. —Has creído que me bastaba una felicidad de burguesa resignada y vulgar...

A su vez interrumpió él con amargura:

—¡Una felicidad de esposa cristiana!

Eulalia se encogió de hombros:

—¡Bah! Ya te he dicho que todas las palabras tienen varias acepciones. Juana de Arco fué guerrera y va a ser santa... Ah, si

tú hubieses tenido un ideal alto y grande, ¡con qué placer hubiese luchado a tu lado! Si en vez de esa vulgaridad en que te gusta vivir hubieses acariciado la quimera de las grandes empresas, ¡con qué fuego hubiese batallado junto a ti! Tus mismos libros ¿no podían haber sido un ideal para nosotros? Yo hubiese soñado contigo, te hubiera alentado en los momentos de descorazonamiento y hubiera compartido el triunfo... ¡Ah! ¿por qué no has tenido un ideal grande, muy grande?

—Mi ideal era un hogar tranquilo, lleno de tibieza, de cariño y de alegría.

—Eso no es un ideal, es un egoísmo.

—Mi ideal—prosiguió él sin hacer caso de la interrupción—era la educación de mi hija; era que tú, día por día, hora por hora, fueses formando su alma como una escultura frágil y maravillosa.

—¿Para qué?—suspiró ella con desaliento.— Para que luego viviese la misma vida triste y monótona que hubiese vivido yo. No, créeme, Valentín, que no es posible. No se encierra un águila en la jaula de una gallina.

Sonrió él con amargura.

—¡Qué equivocada estás! La vida es tan atrozmente corta, que todas esas empresas que se antojan grandes no son sino polvo que tarde o temprano vuelve al polvo.

Eulalia se puso en pie.

—Mañana tengo que levantarme a las seis.

—Entonces, ¿adiós?

—¡Adiós!

Valentín acercóse a su mujer y la estrechó en sus brazos. Estaba yerta y fué tan atroz la sensación de glaciación, que creyó sentir un sudario de hielo que les separaba para siempre.

SEGUNDA PARTE

LAS ROSAS DEL JARDÍN DE LA MUERTE

I

COSMÓPOLIS

Debajo de la peluca zanahoria, el rostro tomate, después el escote grosella, y por fin, en un tono grave que remataba la gama de rojos, el vestido de terciopelo granate, estallante al empuje de adiposidades que intentaban abrirse paso por todas las costuras, mal contenidas en las ballenas de acero del corsé. Era... ¡qué sé yo!... Un triunfo, una apoteosis, un pleonasmo, una invasión, un polvorín de rojos, en que los rubíes (falsos naturalmente) eran como los chispazos. Y aquella locura, aquella irrupción de púrpuras dominábalo todo, siendo lo primero que se divisaba al entrar en el comedor, a pesar de sus regias dimensiones. La nube de ver-

mellón ocultaba el espíritu de un Neker femenino, cuyas combinaciones financieras, si no empujaron un trono a la guillotina como las del ministro del infortunado Luis XVI, estuvieron a punto de llevar a su dueña a las no muy confortables estancias de la cárcel. Madame de Florny sabía que estaba hecha el mismísimo demonio en aquella vesánica apoteosis de rojos, pero sabía también que hay papeles en el mundo que exigen singular prestancia y que entre ellos el de acompañante, comensal y rodrión de los poderosos obliga al júbilo, juventud y buen humor perennes; sabía, que a la primera lamentación de tristeza, a la primera queja de dolor o a la primera confesión de la vejez, hay cosas que se acaban para siempre y ella había se hecho a fuerza de habilidad un vivir confortable, al cual no estaba dispuesta a renunciar, mucho menos sabiendo como sabía en su claro talento, que tras de aquel renun-

ciamiento esperaba la miseria, la tristeza y el abandono. Había, pues, arreglado su vida de modo que diese de sí cuanto puede dar cuando se es pobre, fea y se han dejado atrás los linderos de la juventud. Al tener la suerte de quedarse viuda (frase suya) y tras los lamentos de rúbrica y algunos intentos algebraicos para procurarse el vil metal, que tan desastroso fin tuvieron, decidióse a desempeñar los secundarios papeles que, si bien eran menos gratos que las combinaciones numismáticas, también estaban exentos de sus peligros y quiebras. Añadió al Florigny de su apellido un sonoro "De Florignan"; descubrió que no sé qué lejano antepasado suyo había ostentado título conde, y con tan fausto motivo precedió sus apellidos de un condado imaginario, que después de todo a nadie perjudicaba y no iban a disputarle en los grandes Hoteles y Casinos cosmopolitas, y empezó a disfrutar. Era discreta, amable, servicial; con una erudición a la violeta muy suficiente para que su conversación, además de otros encantos, tuviese el de cierto barniz de cultura que le permitía hablar de música con las banqueras judías que sin voz, ni oído musical, berreaban Traviata y Lakmé; de pintura, con millonarias americanas que, sin sentido de la línea ni del color, pintaban a la manera de Berdeslay y de Moreau, y de literatura con aristócratas francesas que llenaban de faltas de ortografía las invitaciones de un banquete. Además de todo pensaba, y pensaba muy bien, que mejor estaba ella, a pesar de estar hecha una fiera, que la princesa Carinostini, en quien la peluca amarilla ictericia rimaba a maravilla con el traje amarillo limón, ambos con el rostro amarillo materia y los tres con su delgadez hiperbólica de fideo. Mejor también que Lady Ireland, que pese a los quinientos mil francos de brillantes y esmeraldas lucidos aquella noche, tenía el lamentable aspecto de una cocinera con peluca verde lagarto.

Era el banquete con que la baronesa Frondoski-Charamin obsequiaba a la comparsa de pelucas que habían de lucir horas después en el baile del Chateaux-Palace-Hotel.

La baronesa Frondoski-Charamin era una mujer extraordinaria. Bajo la apariencia frívola y alocada de cuarentona apasionada del sport, fanática del *bridge* y enamorada del *flirt*, ocultaba un alma de burguesa fría y calculadora que aceptaba las debilidades humanas, porque las debilidades y no las fortalezas son las que dan dinero. Decíase aristócrata, descendiente de nobilísima familia polaca (porque ya se sabe que los polacos son nobles y despiertan grandes simpatías), pero más bien debía ser judía de raza oriunda de España, de esas familias judías refugiadas en Austria y en los países balcánicos. Así por lo menos parecía pregonarlo el perfil judaico, la frente alta un poco tendida, la nariz vagamente ganchuda, el mentón enérgico y anguloso y los maravillosos ojos garzos, muy orientales, aterciopelados y oblicuos. Aunque alejábale de la juventud a pasos agigantados, todavía conservaba los ves-

tigios de una belleza que debió ser admirable y que aquella noche, en la artificiosidad de un casco de azabache que le cubría el pelo por completo y la vaguedad de los tules de un rosa muy pálido, brillaba rejuvenecida. Dueña del Chateaux-Palace-Hotel de Altenlakenburg y de otros varios grandes hoteles cosmopolitas, viajaba de uno a otro, organizaba fiestas fantásticas, daba bailes y banquetes, que además de no costarle nada a ella y sí un buen pico a los demás, servíale para matar dos pájaros de una pedrada, pues animaba con el ejemplo a los otros y servía de reclamo a sus establecimientos. Además, su presencia allí tenía un algo de jurado de admisión, pues separando de la gentuza que vaga por los centros de moda a la gente realmente bien, daba una nota de honorabilidad que redundaba en prestigio de los hoteles.

Aquella noche obsequiaba con un banquete a la ministra del Uruguay en Stokolmo y a la embajadora de Rusia en Roma. La primera habíase plantado una peluca enorme azul añil que, con el rostro rojo y el traje blanco, formaba una bandera tricolor realmente muy republicana. En cuanto a la segunda (una condesa, Perteroff Ivanovich), que después de no sé qué trapisondas judiciales por una supuesta herencia, consiguió casarse con el príncipe Aramentoff, vetusto prócer embrutecido por el juego y el alcohol, resultaba bonita con su piel dorada y sus grandes pupilas castañas en contraste con la peluca color de rosa y el traje de tules adornado de negras plumas.

Además de aquellas damas, estaban: Madame de Domínguez, una peruana de gracia y de natural ingenio, y Eulalia, muy blanca, muy rosa, muy bonita, con su peluca malva y su traje de gasas de suaves tonos violeta, sobre el que resbalaba hasta casi tocar el suelo un hilo admirable de perlas.

El elemento masculino armonizaba muy bien con el femenino que formaba el elenco de la comida. Allí no había parejas; mujeres sin marido o maridos sin mujeres; artistas famosos, *sportmans* conocidos en todos los centros de Europa, viejos diplomáticos mundanos y cínicos o caballeros que no tenían otra razón de ser que su apostura y los sonoros títulos ostentados, como, por ejemplo, aquel príncipe Lombardini de negras pupilas y gesto de Don Juan, que sentado junto a la Moncada, le hacía la corte descaradamente.

Sin confesárselo, pues en su vanidad de mujer fuerte todo le parecía preferible a declararse vencida, Eulalia se aburría en aquel mundo. Demasiado inteligente para tomar por oro los oropeles, sin la acritud que es necesaria para aceptar el mundo convencional de los descalificados como una tribuna desde donde escupir hiel sobre los demás, y ante todo sin verdaderos motivos para estar allí, veía cuanto aquella vida tenía de falso, de absurdo y de contrahecho. Mientras aquello fué una escapatoria con respecto de aventura peligrosa, la encantó. Poderse asomar a los abismos desde el refugio de un hogar lleno de tibieza y de respeto, era encanta-

dor; vivir a merced de todos los vientos era, además de peligroso, triste.

Sin embargo, aquella noche se divertía. La suntuosidad del comedor del *Chateau*, los mármoles y broncees que reverberaban en el incendio de las luces eléctricas, las plantas tropicales que formaban maravillosos boscajes en que pendían los racimos de uvas luminosas, las naranjas de oro y las granadas que se rasgaban mostrando sus entrañas de rubíes; la música de tzinganos tocando sin cesar los tangos de moda y la magnificencia de los disfraces, la entretenían, no dejándole sino una vaga atención para el rendido conversar de su compañero de mesa.

Por uno de esos caprichos de la moda que imponen los bailes de trajes en verano, aquella era una fiesta en que se exigía el disfraz. Así, mientras el viejo Lord Wortens, vestido de Radjha indio ostentaba un millón de francos en perlas, la princesa de Tarrendo, una italiana flaca y negra con perfil de Cleopatra, vestía de española con un gongorismo modisteril en que entraba la peineta, la mantilla, el calañés, el pañolón de Manila, la falda de alamares, la guitarra y sobre todo la navaja.

Había de todo: trajes de una fastuosidad insólita, y ridículos mamarrachos; mujeres bellísimas y viejas pintarrajeadas; joyas fastuosas y vidrios de colores.

Terminaba el banquete. La Baronesa dio la señal y todos pusieron en pie. El príncipe ofreció el brazo a Eulalia para pasar al saloncillo privado, donde los comensales de la Frondosky-Charamin tomarían el café y esperarían la hora de hacer la entrada en el salón de baile.

Ya allí formaron grupos y la conversación hizo general, aislándose unas veces en cuchicheos que eran como remansos de río, despeñándose otras en ruidosas cataratas.

Por un momento, la ministra del Uruguay en Stokolmo usufructuó la atención de todos, con los patéticos incidentes de la muerte de un loro que ella trajera de América y que casi formaba parte de su familia. Después cada cual habló de sus asuntos particulares.

Lombardini, inclinado hacia la Moncada murmuraba cosas amables, pero ella no prestaba atención. Sentíase mareada. El champagne, en complicidad con el calor y el perfume de las flores, le había aturrido.

Un criado de calzón corto y pelo empolvado se acercó a ellos, llevando una bandeja con licores:

—¿Chartreuse?... ¿Kumel?... ¿Piper-mant?... ¿Manderinette?...

El príncipe pidió:

—Un *Loie Fuller*.

El criado hizo la extraña mezcla.

Eulalia, muy divertida por aquellas combinaciones, pidió a su vez:

—Yo otro.

Bebióse el filtro y recomfortada prestó atención al conversar general.

Hablaban ahora de joyas, y la Florigny de Florignan, con un descaro digno de me-

jor causa, contaba la historia de las joyas de su familia, unas joyas fabulosas... porque nunca habían existido más que en su imaginación. Puesta en el disparadero habló de sus obras de arte, de un retrato de su difunto esposo pintado por Delacroix y de un lagarto prehistórico...

La ministra del Uruguay, que no dominaba bien el francés, acabó por confundir el lagarto con el marido, y toda enternecida suspiró:

—¿Cuánto sentiría usted perderle!

Pero la Baronesa, siempre al quite de las gaffes de sus amigas, fué en auxilio de la indiscreta. Súbitamente comenzó a lanzar gritos como si la estuviesen desollando. Acudieron todos alarmados, pero tranquilizaron-se al saber que toda aquella algarabía producíala el asombro que le causaba un culo de vaso del tamaño de una naranja, que la princesa Carinostini se había colgado de una cadena con la loca pretensión de hacerlo pasar por un brillante.

Pero la embajadora de Rusia era mujer que entendía de joyas, y como no tenía las mismas poderosas razones de la Baronesa para asombrarse de las cristalerías con pretensiones de preseas y las bolas de cera que pretendían ser collares de Golconda, acudió a admirar lo único realmente admirable que había allí: el collar de la Moncada.

—¿Qué prodigio de perlas!... ¿Qué oriente y qué perfección!

Satisfecha en su vanidad, Eulalia explicó:

—Era de mi pobre madre, que lo heredó de la suya. Dicen que venía de la casa ducal de Osuna.

La embajadora, que con aire de conocedora examinaba las perlas, exclamó:

—¡Deben de valer una millonada!

Cada vez más halagada, Eulalia dio nuevos detalles:

—Creo que sí, porque cuando lo compró mi abuela costó diez y ocho mil duros y las perlas han triplicado su valor.

—¿Triplicado?... —y la Baronesa, siempre deseosa de decir cosas amables, hacía grandes aspavientos—. ¡Centuplicado!! Ese collar ahora debe de valer trescientos o cuatrocientos mil francos.

La conversación volvió a generalizarse. Hablaron de joyas célebres. El príncipe Lombardini, muy interesado al parecer por la historia de las perlas, interrogó aún:

—¿Y las lleva usted siempre puestas?

Eulalia afirmó:

—Siempre que voy a algo interesante.

El volvió a interrogar:

—¿Y cuando no? ¿Las deja en el hotel?

La Moncada explicó muy ufana su secreto:

—No; las llevo conmigo en un saco pequeño, que meto en el de mano con el pañuelo y las llaves.

Un criado vino a anunciar a la Baronesa que el baile iba a empezar.

Hubo un momento de confusión en que todos se pusieron de pie, y mientras unos arreglaban los desperfectos de la toilette, otros remataban precipitadamente las con-

versaciones, Eulalia, mientras, en un triunfo de frivolidad, se acicalaba, oyó aún la voz de la Florignan que murmuraba:

—¡Qué imprudencia!

Y la de su adorador, que muy convencido afirmaba:

—¡Es curioso! ¡Es curioso!

Medio mareada, ahogada de calor y rendida de cansancio, la Moncada buscó la salida de la terraza con la esperanza de respirar la brisa que rizaba el lago. El champagne, la temperatura y el violento olor a perfumes, habíale excitado los nervios y todo (el encontronazo, el pisotón, el saludo de gentes que no le importaban) irritábase en grado máximo, produciendo esa sensibilidad que es en lo moral lo que en lo físico ciertos estados morbosos que al más mínimo roce producen un crispamiento de todos los nervios.

La fiesta tocaba a su fin... El espectáculo del gran salón de baile del Chateaux-Palace-Hotel era maravilloso y grotesco, suntuoso y miserable, alegre y triste, con esa incongruencia de las fiestas carnavalescas que aturden, emborrachan y marean, y dejan en el espíritu una sensación invencible de tedio y de tristeza.

Sobre la fastuosa elegancia del fondo, todo de mármol rosa con laureles y boj es de dorado bronce, los liliums y las rosas blancas formaban guirnaldas que escalaban las columnas, cubrían las jambas de las puertas y ventanas y descendían en blancas cataratas en los ángulos para perderse en los macizos de palmeras que abrían fastuosas el verde penacho de sus tropicales abanicos.

Desde la alta tribuna la orquesta de tzínganos perlabá las notas de los valse, de los tangos, de las matchichas, mezcladas con las sonatas de Beethoven, de Liszt y de Mozart, y las extrañas melodías de exóticas tocatas que parecían evocar la gracia frágil y banal de las musmécas, el ritmo voluptuoso del viejo oriente o la magia bárbara de las danzas guerreras. A los acordes de las atrabiliarias melodías, una multitud horrible iba y venía, perdida toda noción, empezando por la del ritmo. En torno del salón, vetustas damas, pintadas, enjabegadas, recompuestas y emperifolladas, ocultaban los bostezos con el abanico, criticaban a las mujeres jóvenes y guapas y se reían mucho de los chistes, un poco antiquados, que perpetraban sus caballeros no menos vetustos que ellas, mientras ríabán anonadadas por el peso de los sombreros de *encroyables*, o los tocados de reinas medioevales, que les sentaban como un tiro.

La fiesta había sido maravillosa. Verdad que nadie se había divertido, pero habían pasado la gran noche, unos en el triunfo de vanidades satisfechas, los otros en las oleadas de hiel que iban volcando sobre la necia hinchazón de los demás. Primero había sido el desfile de comparsas: las japonesas de raros kimonos florecidos de lotos de oro y de polícromos pajarracos; las moras, de vellos rielados de plata y bordados de perlas

que les envolvían en misteriosa poesía; las rusas, de suntuosos atavíos cargados y recargados de abalorios de oro y pedrerías; las damas de la Edad Media, en la pompa de sus graves vestiduras y sus altos cuellos a lo Isabel de Inglaterra; las griegas, de livianas túnicas, de gasas teñidas de suaves tonos... Después había venido el concurso de tango argentino, para disputarse el premio de honor ofrecido por el Gran Duque Nicolás Pedro. Dos parejas en traje pampero habían hecho diabluras con un éxito loco, bailando una cosa absurda y contrahecha, que tenía de los bailes americanos y de los danzones de negros; y por fin, habíase bailado el cotillón en un loco derroche de flores, de cintajos y de vistosas chucherías de papel.

Ahora la orquesta acometía una especie de potpourri de danzas, bajo un paso de galop, y las damas Luis XV, las hijas de Arabia, las Salomés, las infantas españolas y las floristas napolitanas, brincaban como poseídas de absurdo delirio.

Cada vez más nerviosa e impaciente, sintiendo ante los obstáculos una irritabilidad que degeneraba en locas ganas de echarse a llorar, la Moncada iba avanzando hacia las puertas del jardín.

Al fin, no sin grandes trabajos, llegó. Pero sufrió un gran desencanto. Aquello era una prolongación del salón; la multitud desbordándose del baile, apiñábase allí también. Resueltamente, decidida a quedarse sola, siguió avanzando. Ya por allí apenas quedaba algún grupito de gentes pacíficas que descansaban recreándose en la belleza de la noche.

El parque, según adentrábase en él, hacía más sombrío y misterioso; de vez en cuando un farol chino con las paredes de papel miniado y la armadura de ébano, ponía una tenue claridad llena de misterio. Eulalia prosiguió el avance. ¡Allí se respiraba! Sus pasos hacíanse lentos y sus nervios distendíanse de una manera deliciosa, dándole la sensación de cansancio. Llegó; el barandal de piedra florecía de campanillas rosas y azules; el cielo, todo espolvoreado de oro, era azul plafón con brillantes guiones del que, como una lámpara de marfil calado, pendía la luna. Y ante ella tendíase el lago, transparente y sereno, cual si estuviese labrado en un solo y colosal zafiro.

Sentía la Moncada deliciosa frescura que le envolvía como un lienzo de milagrosa tenuidad, una sensación húmeda y refrescante borraba la desagradable pegosidad del sudor, y de vez en cuando leve escalofrío, que no era más que un cosquilleo delicioso, bajaba por sus espaldas. Soñaba sin saber en qué; era como un sueño de paz, como un sueño infantil lleno de aromas y rumores; soñaba con huir en una barca de encantamiento a través del lago hasta estar lejos, muy lejos, donde no existiesen todas las cosas feas y tristes que sentía pulular en derredor.

De improviso, como si despertase de un sueño, oyó una voz a sus espaldas y volvióse sobresaltada. Junto a ella, atusándose el

bigote, muy *Don Juan*, estaba el príncipe Florio Lombardini.

Interrumpida en su soñar, Eulalia sintió indignación y vergüenza como si viese curioseados por un extraño sus íntimos secretos. Pero él, mundano expertísimo en el trato de gentes, hizo como que no notaba la incomodidad de la dama, y, con su voz meridional, acariciadora y pastosa, interrogó:

—¿Soñando?

Con sequedad, reveladora del deseo de cortar el inoportuno coloquio que trataban de imponerla, rechazó Eulalia:

—Descansando del calor, del ruido, de las apreturas... Hay momentos en que quisiese una estar sola en el mundo...

El caballero sonrió con su fina sonrisa, ahora más *Lovelace* que *Don Juan*. Después, con el mismo tono cálido en que su experiencia ponía ahora cierta dulzura romántica, siguió entonando su parte de dúo:

—¿Qué áridas y qué ariscas son ustedes las mujeres de España! Yo leí no sé dónde que el corazón de cada española estaba revestido de una armadura de puntas y que, como los erizos, a la primera señal de aproximación sacaban todos los pinchos.

Como la Moncada, involuntariamente, sonriera, animóse él a proseguir:

—¿Por qué esa especie de pudor salvaje con un amigo que sólo desea ofrecerle el homenaje (un homenaje lleno de admiración y respeto) de su afecto devotísimo?... —Y al verla callada prosiguió:—¿Pero es que usted cree que yo no sueño nunca? ¿Es que usted tan inteligente, usted todo corazón, no comprende que yo también he sufrido mucho?... ¡Ah! ¡Si viese usted cuántas noches, frente a la azul serenidad de los lagos, he soñado con mi villino de Nápoles, con mi madre viajecita y con aquel prodigioso mar!

Eulalia comenzó a claudicar:

—¿Soñar es quizás el único consuelo que tenemos los que vivimos emigrados al través del mundo!

Ruido de pasos y la voz irónica de la Baronesa Frondosky-Chamarín que refa:

—¿Romanticismos?...

Leyó una mueca de desagrado en el rostro de Eulalia y, diplomática expertísima, siguió impertérrita la frase, mientras con presteza ilusionista cambiaba el fondo de la idea en ella contenida:

—¿Romanticismos?... No me extraña ante la prodigiosa magia de este paisaje sin igual... ¿Ha visto usted la maravilla del Monte de Plata?... ¿Y el prodigio de la luna mirándose en el lago?... ¿Verdad que parece Ofelia o la hija del Rey D'Is, durmiendo bajo el leve cristal del agua?...

Eulalia volvió a dejarse engañar.

—Sí que es prodigioso... Sin querer se sueña ante él.

A su vez el Príncipe dió rienda suelta a su lirismo.

—Sólo en mi Italia he visto paisajes tan bellos; sólo allí, en las noches maravillosas de Nápoles, en los anocheceres todo esmeralda de Venecia y en las mañanas luminosas de Florencia, he podido contemplar tu-

ces de ópalo, de amatista y de topacio como aquí.

La Baronesa se esponjó satisfecha. Al fin la conversación iba a parar adonde ella deseaba un principio se lo había propuesto.

—Pues esto no es nada—afirmó con la voz más acariciadora que supo hallar y la mejor de su colección de sonrisas—: Ya verán ustedes el golpe de vista desde la meseta del Monte de Plata.

Acababa de construir un chalet con pretensiones de gran Hotel en las estribaciones de la montaña famosa en los fastos del turismo y, decidida a ponerlo de moda, había organizado una excursión allí. Naturalmente, que las tres piedras angulares con que contaba para su proyecto eran la embajadora de Rusia en Roma, la ministra de Nicaragua en Stokolmo y la condesa española. A las otras dos tenía catequizadas ya, pero la Moncada mostrábase reacia. Puesta ya en su terreno trató de arrancar una promesa a la esquivia.

—En fin, yo no digo nada para no destruir el efecto, pero usted misma juzgará. ¿Porque claro es que contamos con usted!

Eulalia trató de excusarse:

—Yo lo agradezco mucho... realmente no sé... No me atrevió a dejar a Baby sola... Ya saben ustedes lo que son las ayas...

Pero la Baronesa también era madre, y salió al encuentro de sus objeciones:

—Si es que yo también dejo a mis chicos con la *mis*, porque es persona de toda mi confianza... ¡Si hasta están más seguros que con una misma! Claro, la *mis* como no tiene nada de más interés en qué ocuparse... Mientras que con las madres, los niños campan por sus respetos y hacen lo que les da la gana... ¡Yo nunca estoy tan tranquila con mis hijos que cuando no les veo!

Pérdida como la onda, la Florigny de Florignan hizo lo que en figurado y chulesco castellano se llama poner un par de banderillas.

—Si la institutriz que usted tiene no le inspira completa confianza...

Eulalia sintió el pinchazo y afirmó, a la altura de sus interlocutoras:

—¿Más que yo misma!... Pero...

La Baronesa se volvió a Lombardini:

—Príncipe, ayúdenos usted a convencerla.

El italiano respondió con un acento romántico lleno de baironiana melancolía:

—¡Bah! A mí me hace aún menos caso...

La Florigny volvió a intervenir:

—¡Sea amable y complázanos a todos!

Aún dudaba ella:

—Yo...

El príncipe jugó una carta atrevida:

—Si para ir es preciso que me quede yo...

Aquello que podía interpretarse como una suposición de temor, fué más eficaz que los ruegos.

—¿Por qué?—interrogó la española casi agresiva—. ¿No conoce usted la divisa de los Fernán de Flores? "Miedo a Dios; respeto a mí mismo."

La francesa con su habitual perspicacia adivinó el punto flaco:

—¿Entonces?... Si no es temor ¿por qué?

La polaca suplicó aún:

—¡Venga usted!

Resuelta, afirmó la Moncada:

—Iré.

Tiritaba de frío. El aire sutil del lago había secado el sudor y se filtraba traicioneramente por los poros abiertos, helando la sangre. Lombardini dióse cuenta:

—¡Pero si está usted yerta!... ¡Va a coger una pulmonía!

Las otras se alarmaron:

—¡Qué locura, Dios mío, qué locura! ¡Sudando así, salir sin abrigo ni echarpe!

La Florigny de Florignan quitóse una blonda vieja, digna de una camarilera de la calle del Amparo, y cubrió las espaldas de la imprudente. La Baronesa, por su parte, encargó al Príncipe:

—Príncipe, por Dios, llévela al comedor y que tome una taza de té bien caliente.

La pareja juvenil alejóse airosoísima entre los macizos de boj, y las dos viejas se miraron y sonrieron satisfechas de su noche de aquelarre.

II

UN GRITO EN LA TORMENTA

Todo daba una impresión de convencionalismo allí. A pesar de hallarse en plena naturaleza, la sensación era de moverse en un escenario entre bambalinas, admirables bambalinas de árboles, de cascadas, de lagos y de montañas, pero bambalinas al fin y al cabo. Y sucedía que la Madre Naturaleza convertíase en una mujer de teatro pintada y repintada, adobada y emperijilada, con falsas galas de flora campesina. Todo era convencional, atrozmente convencional, desde el *chalet* suizo de madera y ladrillo, hasta las parejas de tirolese y tirolese—ellos con sus polainas de lana, sus cortos calzones de pana verde, sus tirantes bordados de florecillas silvestres, sus camisas de ancho cuello entreabierto y sus atrabillarios fieltros, rematados por la pluma de águila; ellas con sus amplias sayas, sus corpiños de terciopelo negro con vivos de raso de colorines y sus altos peinados adornados del clásico adelsweis, que danzaban a los sonos de un instrumento rústico, con alzo de asturiano tamboril; desde los grupos de campesinos, muy *cinematográfico*, y los rústicos vericuetos que descendían al lago, hasta la misma *Montaña de Plata*, que se alzaba imponente a sus espaldas, adquiría un no sé qué de escenográfico que mancillaba su serena belleza. Y, sin embargo, arrancando aquellas edificaciones y aquellas obras de jardinería de Nacimiento barato, en que el mal gusto de la Baronesa Frondosky-Charamín desbordaba sus instintos de hostelera, el paisaje con la cascada que descendía turbulenta desde los *glaciers*, el lago, que allí a veces adquiría violencias de mar, y la alta cima destacándose argentada sobre la doble cordillera de cristal, que a los rayos del sol adquiría

rosadas irisaciones de nácar, hubiese tenido una belleza agreste, casi trágica. Solamente el cielo habíase sublevado contra la complacencia que trataba de exigir de la Naturaleza toda la judía polaca: gruesos nubarrones negros, presagiadores de tormenta, entoldaban de trecho en trecho el azul del firmamento, y un airecillo que muy de tarde en tarde soplabá rachas huracanadas, ponía leves escalofríos en el bochorno de la tarde estival.

Eran cerca de las cinco, y la fiesta típica con que la Charamín obsequiaba a sus huéspedes, languidecía. Como en la tal fiesta faltaba cuanto constituye el encanto de ellas—espontaneidad, libertad, alegría—iba apagándose de un modo lamentable. Los músicos, cansados de soplar, tocaban de mala gana; los bailarines sudorosos, jadeantes, daban grandes brinco en que había un aburrimiento casi trágico y el público de criadas de hotel disfrazadas de montañesas y mozos italianos en traje de alpinistas, bostezaba de tedio. Además de los invitados, sin contar la embajadora de Rusia en Roma, a quien una indigestión de cavilar había impedido asistir, faltaban la princesa Dhjanira (dama turca completamente emancipada de los rigores del Koran), lady Frooky, la condesa Della Fontana, más tres o cuatro caballeros. De los que después de tan sensibles bajas habían quedado, a dos les habían hecho daño el almuerzo y al tercero, al general Carpana Braçao, el héroe de Viseo, el que con sólo siete hombres había apoderado del Monte de Piedad, después de matar a un portero octogenario, a un gato y dos tortugas, habíale entrado invencible sopor, no se sabía si por efecto de los vinos o de la conversación de la ministra del Uruguay en Stokolmo. De los restantes, la Baronesa, Lord Worton, la Ministra y Madame de Florigny de Florignan, que libre de la peluca roja, cubría sus cabellos, traicioneramente embudados de negro, con una pamelá gris coronada de pensamientos de terciopelo morado, que le daba un amable aspecto de trofeo fúnebre, jugaban al *bridge*. Y en cuanto a Eulalia, condenada a la compañía del Príncipe Lombardini, que le hacía la corte aunque sin arriesgarse mucho, se aburría a morir.

Primero trató de entretenerse con una discreta crítica de las indumentarias de sus amigas. De la Baronesa no había nada que decir. *Chic*, discretísima, el traje crudo *tailleur* y el sombrero negro con dos alas blancas, estaba muy bien; la Ministra ya era otra cosa. Gorda, baja, rechoncha y negra como un zapato, el traje grosella y la toca de amapolas la sentaban como una pedrada sobre poco más o menos. En cuanto a Madame de Florignan, fuera del sombrero que tenía cierta melancolía cineraria, el resto era todo un puro guiñapo. Después, y ya agotado el tema de las indumentarias, empezó una de esas absurdas conversaciones con que, por lo general, las gentes altamente mundanas tienen bastante para llenar horas y horas sin decir cosa de provecho. Pero aquel día faltábanle los tres elementos que integran tales conversaciones, a saber: la

frivolidad, el buen humor y ese fácil ingenio que es patrimonio de los que no tienen nada mejor en la cabeza.

En primer lugar, no se encontraba bien; fuera que hubiese tomado frío la noche antes en su romántico paseo por el jardín, fuese que el madrugón relativo en complicidad con el absoluto trasnocheo la hubiesen descompuesto los nervios, es el caso que, después de una noche agitada por absurdas inquietudes y horribles pesadillas, habíase despertado escalofriada y con atroz dolor de cabeza. Pero esto aún sería lo de menos: como todas las personas que llevan una vida banal, tenía una gran resistencia para el dolor físico, y ella que hubiese puesto el grito en el cielo a la más mínima molestia ocasionada por un motivo serio, resistía impertérrita los más grandes dolores cuando de su capricho se trataba. Con unas tazas de café bien cargado y un par de sellos de aspirina, si no recobró la salud, bastóla a disimular lo suficiente la enfermedad para, con un poco de energía, poder hacer su vida habitual. Pero lo que le inquietaba, lo que sacudía su espíritu con una nerviosidad que mantenía en tensión sus nervios, era *Bebé*.

Bebé, en aquella vida que, aunque ella creía o por lo menos aparentaba creer lo contrario, era muy triste, representaba el único consuelo *verdad*, la sola alegría serena que no tenía de borrachera nerviosa, el único refugio. Para ella su hija era lo que para ciertas personas que sin serlo blasonan de impías, una medalla que pertenecía a la madre muerta o a la madre ausente. En los momentos de alegría, de violenta satisfacción, fanfarronean de impíos, de indiferentes, de desdefiosos, y luego al primer dolor, a la primera amargura, al primer desengaño, buscan la medalla olvidada, la besan, rezan y ponen su fe, su miseria fe, cobarde y vergonzante, en la imagen milagrosa. *Bebé* era para la errante, el hogar, el cariño, la dicha desdenada por humilde y, sin embargo, única dicha que con la distancia se agrandaba de día en día. Con su aspecto frívolo de madre muy a la moderna, de madre que abandona a sus hijos en las manos mercenarias de las institutrices extranjeras, Eulalia vivía temblando por la flor delicada en que se concentraban todas sus adoraciones. Lejos de ella, en el estrépito de la vida insustancial y vana que llevaba ahora, mil veces se acordaba de su hija con una ternura triste y apasionada; otras, un presentimiento nefasto pasaba por su imaginación, como un nubarrón negro sobre el límpido fondo de un paisaje de verano y sentía miedo, miedo irrazonado y pavoroso, que le hacía anhelar volver al lado de la nena. Justamente aquella noche, sin saber por qué, sus temores se habían agudizado: varias veces durante la fiesta la imagen de la niña había ido a inquietarla; después, en la modorra poblada de pesadillas de las horas de descanso, había creído oír en distintas ocasiones la voz de *Bebé* que se quejaba, removiéndose en el lecho. Una de ellas no había podido contenerse y a trueque de despertar

la habíase levantado de la cama y pasando al cuarto contiguo, aproximado al lecho donde dormía su hija. ¿Ilusión? ¿Realidad? Háblale parecido que el sueño de la pequeña era agitado y aun, a la luz de la lamparilla, que su rostro estaba teñido de carmín. Inclínose para tocar su frente, pero como ella tiritaba de frío, no pudo saber si la frente de la durmiente era de fuego o de hielo la suya propia... Volvióse a la cama, y ya no durmió más. Por la mañana, vestida desde muy temprano para la excursión, volvió a la cama de la niña que seguía entregada al sueño. Inquietísima, interrogó al aya: —¿No cree usted, *mis*, que la niña está destemplada?—Pero la inglesa apresuróse a tranquilizar a la madre. —¡Bah! Todos los niños se sofocan durmiendo. Aquello no era sino aprensión de la señora. De muy mala gana fuese Eulalia; con todas aquellas cosas habíasele hecho muy tarde y tenía perder el barco. El automóvil no andaba; las calles a aquella temprana hora estaban llenas de carros y no había manera de avanzar de prisa... Al dar la vuelta a uno de los puentes estuvieron a punto de atropellar a tres inglesas muy feas que se parecían, ¡cosa más rara!, a las Pantoja-Carreño... Al fin, malhumorada, melancólica, llena de presentimientos, había llegado a tiempo.

Decididamente ahora a solas con su adorador se aburría. De improviso, sintió un deseo loco de abandonar la fiesta y bajar a orillas del lago. Propósose al Príncipe.

—¿Y si nos fuésemos abajo, junto al agua?

El, galante siempre, aceptó con grandes extremos de entusiasmo. ¡Decididamente, la española era romántica y había que llevarla el genio!

Aproximáronse a los bridgistas y Eulalia anunció:

—El Príncipe y yo nos vamos a dar un paseo.

La Baronesa y la Ministra tuvieron una sonrisa comprensiva de mundanas viejas; Madame de Floriznan, siempre oportuna, empezó a lanzar gritos de horror:

—Pero criatura, ¿y si estalla la tormenta? Tiene que llevar un abrigo... ¡Con ese traje!...

Verdad que el traje no era muy a propósito para tales andanzas. Al despertarse y ver el cariz nada tranquilizador del cielo, había dudado si ponérselo o no, pero estaba tan bonita con él, que su pueril vanidad de mujer guapa había triunfado de todo temor. Era un traje sencillo, que hacía pensar en las modas en boga en 1830. La saya muy ancha, compuesta de dos faldas fruncidas—una hasta la rodilla y la otra apenas hasta el tobillo—de linón rosa pálido; el cuerpo de la misma tela con una berta de muselina blanca. Y completando la *toilette* el sombrero, que no era sino un casquete de paja negra con una guirnalda de camelias color de rosa.

Ante las palabras de sus amigas dudó un momento, pero no era cosa de volver al Hotel a buscar el gabán, y por otra parte la idea de cubrir sus galas con el pingajo de

blonda que la francesa, siempre servicial, le ofrecía de nuevo, le espantó:

—¡Bah! —dijo echándose a reír—. ¡No me moriré de frío!

Y sin escuchar a las demás, lanzóse seguida del italiano camino del lago.

La ruta era bonita. Al otro lado de la cascada, que ruínosa y espumante descendía de las altas cimas cubiertas de perennes nieves, veíase el bosque de pinos más agreste y bravo; haciendo pareja y tras los jardines convencionales, divisábanse abajo las ciudades suizas, que depuradas por la distancia de la civilización *muy Cook Thours*, tenían una poesía candorosa con sus iglesias de picudas torres y sus enormes relojes dorados. El mismo jardín atrabiliario por donde iban descendiendo no era feo, y si bien las rocas contrahechas y los falsos puentecillos rústicos dábanle algo de pueril, no faltaban sitios en que la naturaleza había puesto miradores de peregrina arquitectura que avanzaban audazmente sobre el agua.

La Moncada no tenía ganas de hablar. Toda vida interior, olvidábase de las gentes con que se hallaba y dejaba volar la imaginación. Pero el Príncipe creíase en el deber de hacerla la corte y monologuaba:

—¡Qué encanto de lugar para pasear un amor! —Y ponía un dejo nostálgico en sus palabras—. Yo, que he vivido mucho (y vivir mucho significa lo mismo que sufrir mucho), he tenido horas divinas de ensueño, pero ya—y esto con romántica tristeza—he renunciado a la única alegría que hay en la vida, que es la alegría de querer.

Eulalia no le hacía caso. Sus ojos contemplaban el paisaje, que por momentos se iba ensombreciendo en una inminente amenaza de tormenta. De vez en cuando inclinábase, cogía una flor o escuchaba el canto de un pájaro o seguía el vuelo de una mariposa. El caballero continuó:

—¡Ah! ¡La magia violeta y plata de los anocheceres de Venecia, esos anocheceres en que paseamos en góndola un idilio! ¡Ah! ¡El encanto supremo de las noches de Sevilla, perfumadas de azahar y de amor!...

Habían llegado abajo a las terrazas que el mal gusto hostil había construido sobre el lago. Eulalia se apoyó en el barandal de cinc imitando piedra que habían puesto allí. Por un momento ocupóse del saquillo en que guardaba sus perlas, abriólo y cerrólo varias veces y hasta llegó a sacar uno de los hilos y jugar distraídamente con él. Su galán había dejado las divagaciones románticas y contemplaba los juegos de luz sobre el nácar de las perlas. Después habló:

—Es una imprudencia, una verdadera imprudencia llevar esas joyas siempre con usted... A mi amiga Lady Simson...—Empezó una serie de historias de robos de alhajas, que tendían a demostrar que la mayoría de las veces el dueño de la presea era el culpable.

Eulalia no prestaba sino muy relativa atención a sus palabras. Estaba triste, atrozmente triste, sin saber por qué. Verdad que la naturaleza contribuía a aquella sensación

de vencimiento físico y moral. Los nubarrones negros habían acabado de cubrir el cielo; las ráfagas huracanadas hacíanse cada vez más frecuentes y violentas, y las aguas del lago, de común azules, transparentes y serenas, hacíanse negras, pesadas y turbulentas, con oleajes de mar. Hasta el pueblillo colocado a la izquierda de la montaña, que por la mañana pareciale risueño como aldea de grabado, se entenebrece hasta hacerse casi trágico, cual si sobre él hubiese soplado un viento de desolación y muerte. Sólo unos chiquillos desnudos, que se zambullían en el agua, ponían una nota alegre en las tristezas del paisaje.

Eran chiquillos aldeanos, sanos y fuertes, que chapoteaban en el lago como en su elemento. Los había morenos y fornidos como *bambinos* italianos, rubios y frágiles como *babys* ingleses. Eulalia seguía los con afectuosa atención; pero entre ellos, el que más la cautivaba era un niño de unos diez años, delgadito y delicado, de revueltos cabellos de oro y grandes ojos azules. Era muy valiente; subíase a una especie de balconcillo que avanzaba sobre el agua y desde allí tirábase de cabeza y nadaba, nadaba hasta alejarse mucho lago adentro. Súbitamente inquieta volviése la española hacia su interlocutor, y como si despertase de un sueño y no se hubiese enterado de nada de lo que decía él, murmuró:

—¡Pero es una imprudencia, ese chiquillo lo lejos que va!

El Príncipe, vejado, se encogió de hombros:

—¡Bah! ¡Están acostumbrados!

Del cielo comenzaron a caer gruesos goterones de agua y en el mismo instante sonó un trueno horrísono, un relámpago cárdeno alumbró cielo y tierra y desatóse violentísimo huracán con honores de ciclón. El lago alzóse en una de esas súbitas e inexplicables tormentas que les convierte en mares bravíos; olas plumizas rizáronse, entrechocáronse, rompieron en rabiosas espumas contra las orillas.

Eulalia, aterrada, lanzó un grito:

—¡El niño! ¡El niño!

El italiano la cogió del brazo y trató de arrancarla de allí:

—¡Se está usted mojando y le va a hacer daño! ¡Vamos arriba!

Pero ella desasióse y con los ojos dilatados de horror siguió las peripecias del drama. En medio del furor de los elementos, tras el espeso velo de lluvia, veíase aparecer y desaparecer entre las olas que se abrían, como espumosas fauces de un monstruo insaciable, el cuerpecito del niño y los bracitos que se alzaban en una desesperada imploración de auxilio. Entonces, dominando el zumbido del viento, el redoblar del trueno y el furioso azotar de las olas, sonó un grito agudo, desesperado, espantoso; un grito trágico de angustia sobrehumana.

Eulalia, sacudida de violento temblor, gimió:

—¡La madre!

En el pequeño embarcadero que hacía pre-

suntuosamente de puerto y que el agua barría, acababa de aparecer una mujer a quien rodeaban todos. La Moncada corrió hacia ella, arrastrando detrás de sí a su adorador. Al fin, y con no poco peligro de rodar por tierra o caer al agua, llegaron hasta el sitio donde estaba.

Era una mujer joven, de tipo vulgar a quien, sin embargo, el dolor y el espanto daban una belleza de heroína trágica. Alta, delgada, el rostro en una demacración nerviosa que le daba un aspecto cadavérico, los cabellos mojados tremolando al viento y los ojos fuera de las órbitas, luchaba por desasirse de las manos de los que la sujetaban, pugnando por arrojarle al lago, mientras gritaba desesperadamente:

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma! ¡Hijo de mi vida!

Ya algunos hombres con cuerdas y salvavidas aventurábanse en las débiles barcas de recreo para tratar de salvar al chiquillo. El horror aumentaba por momentos. Hacíase el aire más fuerte; mayores y más violentas las olas; la oscuridad más intensa, y más cegadora la luz de los relámpagos con su atroz cortejo de truenos, en que parecían rasgarse los cielos para espantable cataclismo geológico. Y en el horror supremo de la tormenta, el niño aparecía y desaparecía, como un mísero despojo humano.

Eulalia no sentía ni frío ni cansancio; tiritaba bajo las livianas vestiduras que se ceñían a su cuerpo; tenía los zapatos llenos de agua y agua corría por las espaldas, pero la tensión nerviosa era tan violenta, que había revestido de una absoluta insensibilidad. Como si en vez de tratarse de gentes extrañas asistiese a su propio drama, veía en aquel niño que se ahogaba a Bebé, a su nena adorada, debatiéndose lejos de ella entre las garras de la muerte. En el atroz grito de la madre había creído oír como una imploración suprema de auxilio, y en los braciotes que se agitaban en las crueles ansias de la agonía, veía los brazos de Bebé que se tendían hacia ella.

Al fin los salvadores llegaban al lugar donde se encontraba el niño, y con titánicos esfuerzos y no poco peligro de sus vidas conseguían coger el cuerpo inanimado y bogaban hacia la orilla.

Llegaron. Sobre unas mantas depositaron en el suelo el mísero cuerpecillo, lívido e inerte, con el vientre hinchado y el rostro violáceo. La madre, enloquecida de espanto, arrojóse sobre él y lo cubrió de besos:

—¡Hijo de mi alma! ¡Hijo de mis entrañas! ¡Mi vida!

Con trabajo separáronle del niño y con mil precauciones encamináronse a la cercana aldea para tratar de reanimarle. Bajo el sudario de agua, el triste cortejo se alejó cuesta arriba, trágico y lamentable. Unas mujeres cas que quedaron allí hacían comentarios:

—¡La culpa no la tienen los chiquillos, sino los que les abandonan!

—¡Claro está! ¡La madre, la madre que se ha ido al baile en vez de cuidar de sus hijos!

—¡Es que hay mujeres que no merecen que Dios las bendiga!

—¡Mejores son las fieras que algunas personas!

Eulalia proseguía su martirio. Cada frase, cada palabra, cada juicio era como una espina que se clavaba en su corazón, como un puñal que le desgarraba las entrañas. Un presentimiento espantoso la atenazó hasta robarle el aliento. ¡Su hija, su nena, su alegría, lo único que le quedaba en el mundo, se moría!

Súbitamente tomó una resolución. Inmediatamente se iba; en el primer barco cruzaba el lago y en un auto correría al hotel. ¡Ah! ¡Si la encontraba sana y salva no volvería a dejarla más! ¡Sería el tesoro reconquistado de que no tornaría a separarse!

Volvióse a su compañero:

—¡Yo me voy!

El trató de decirle no sé qué, llegó a detenerla por un brazo, pero ella desasíose y echó a correr monte arriba. Sintió que algo le sujetaba por el puño. ¡El saquito! Con un tirón violento rompió la cadena, y sin prestar atención, enloquecida de espanto, siguió corriendo.

Como anestesiada por no ~~se~~ qué extraño veneno, era insensible a todo. Acorchada, muerta para cuanto no era su idea fija, esforzábse como esos chiquillos que creen que con empujar ellos va el tren más aprisa. No sabía qué excusas había dado, ni qué explicación de su marcha súbita. Probablemente ninguna. Estaba en uno de esos momentos de la vida en que los convencionalismos sociales nos son indiferentes, en que nuestro espíritu, refugiado en un reino interior, padece dolores que le hacen insensible a toda influencia externa.

Mientras el tren corría, Eulalia, sin sentir el frío de las vestiduras empapadas en agua que bajo el amplio abrigo en que se arrebujaba la ceñían como una mortaja de hielo, ni el ardor de la calentura que secaba sus labios, lloraba, rezaba, imploraba de Dios y de la Virgen, retorciéndose las manos... Toda su vida se encontraba en una sola cosa: ¡su hija!

Al fin llegaba.

El tren entró en agujas y sin esperar a que se detuviese, la Moncada saltó al andén y cruzándolo como una exhalación precipitóse en un automóvil.

—¡Chateaux Palace Hotel!

La ruta, con ser breve y recorrerla el coche en unos minutos, antojósele eterna. Al fin penetraron en el amplio zaguán y Eulalia subió escapada las escaleras sin querer hacer uso del ascensor. En el pasillo que llevaba a sus cuartos, mis Fanny, el aya de Bebé, salió a su encuentro con cara de profunda desolación:

—Madame, ¡la niña se muere!

Cuando despertó debía de ser tarde. El sol entraba a raudales en el cuarto del Hotel y por las ventanas veíase el cielo intensamente azul. Habíase dormido en la butaca donde quedara velando a su hija acometida de aquella súbita y violentísima fiebre cuyo origen y especie no habían podido definir los médicos, pese a sus esfuerzos.

Al llegar de su excursión, Eulalia había-se encontrado con que no le engañara su corazón, con que sus presentimientos eran ciertos y Bebé se moría. Aquella inquietud que la madre creyó notar durante la noche y el calor que enrojecía el rostro infantil por la mañana habíase resuelto en fortísima calentura, cuya índole aún no habían diagnosticado los galenos. Olvidada de sus propios males, la Moncada, habíase instalado en el cuarto de la niña dispuesta a luchar. Y el cansancio le había vencido.

En las vagas regiones que separan el sueño de la vigilia, Eulalia sentía como una modorra extraordinaria que le impedía despertarse del todo; frío, frío atroz que le hacía soñar con mares de hielo, con montañas nevadas, con naufragios en congeladas aguas de países árticos; sentía también atroces dolores en los huesos juntos con una sensación tal de cansancio y vencimiento que le parecía haber rodado al fondo de enorme precipicio chocando en la caída contra riscos y peñascales y yacer sobre durísimo lecho de guijarros. Con trabajo abrió los ojos y presto volviólos a cerrar. La impresión había sido de quemadura, un hierro candente que hundiéndose en las pupilas abrasaba el cerebro, una corona de enrojecido metal que oprimía las sienes achicharrándolas. Con penoso esfuerzo volvió a abrir los ojos; ¡no veía! Una neblina gris envolvía todas las cosas en una turbia vaguedad de pesadilla. Espantada púsose en pie y pasóse la mano por el rostro. En aquel momento la voz tenue de Bebé que se quejaba débilmente atrájola al lecho de la niña, olvidada por un momento de su dolores, de la atroz glaciación que congelaba su sangre y del velo gris que se tendía ante sus ojos. Bebé ardía toda en un atroz incendio de calentura; sobre la almohada blanca el rostro lívido en que la fiebre ponía dos rosetones de púrpura, yacía como una flor tronchada; los cabellos rubios apelmazados por el sudor formaban un nimbo de oro muy pálido en torno a la cabecita de cera; los ojos cerrados hundíanse en los profundos cuencos de las ojeras y los labios secos se agrietaban. De vez en cuando la pobre nena llevábase una manita a la cabeza con ese gesto peculiar de los niños cuando les estorba algo y con su vocecilla de pajarito herido gemía:

—¡Pupa, teno pupa!

Eulalia la besó con pasión.

—¡Bebé, Bebé, vida mía!

Llegaba el médico. Era un anciano con ese porte sencillez, franco y cordial de los médicos suizos; nada de untuoso, nada de enfático ni altisonante; una llaneza un poco ruda, una brusquedad de hombre de estudio que más que en la riqueza y en la gloria piensa en su ciencia con devoción de creyente.

Eulalia encontró aún fuerzas con que alzarse y casi serena salir a su encuentro. Sus primeras palabras fueron el grito obligado de todas las madres que ven marchitarse la flor de su sangre; un grito supremo de angustia en que están todos los temores y todas las esperanzas, un grito en que parece escaparse entero el corazón.

—¡Doctor, por Dios! ¿se morirá?

El hombre de ciencia que venía revestido de una severidad más basada en la antipatía por aquella madre que corría mundo mientras su hijita agonizaba que por enduramiento profesional, ante la angustia inmensa de aquella voz y sobre todo ante el rostro devastado por imposibles ansias en que los ojos se abrían en mágico espanto, sintió fundirse su hostilidad y un sentimiento piadoso invadirle.

—Usted es la madre ¿verdad?—interrogó solícito.

—Sí, la madre, doctor... ¡He llegado anoche y me la he encontrado así!... ¡Qué angustia! ¡Qué dolor, Dios de mi alma, qué dolor!—Y sin poderse contener echóse a llorar.

El médico acercóse a ella, y como si fuese una niña la cogió las manos. Vió que ardían. Con voz afectuosa, hablola:

—También usted tiene fiebre... Hay que cuidarse para poder cuidar a la pequeña...

—Yo no importa—interrumpió con ansiedad la Moncada.—La niña...

—Ahora veremos...

Acercóse al lecho, tocó la frente de la enferma, tomóla el pulso y después de colocarla el termómetro, sentose junto al lecho e hizo seña a la madre de que se sentase a su lado. Entonces volvió a hablar él, reposadamente, marcando mucho las palabras, para ser entendido de su interlocutora:

—No se puede jugar con la salud y es preciso que usted se cuide también para poder cuidarla. La enfermedad de la niña podría ser larga...

—¿Peligro de muerte?—interrogó ella con ansiedades de martirio.

—Señora mía, espero que no, pero... en estas enfermedades de la infancia no se puede saber nunca... Hasta ahora, el carácter de la calentura no puede definirse, pero temo que sean fiebres tifoideas...

Eulalia parecía anonadada. Había cruzado las manos sobre el regazo y cerrado los ojos. El doctor la contempló atentamente un momento y luego prosiguió con una pregunta que era una confesión de temor.

—¿Sus padres de usted o su marido, no podrían venir?

Eulalia alzó la cabeza y mirándole fijamente a los ojos, formuló una pregunta:

—¿Tan mal está, doctor?

—No es que esté tan mal... pero vuelvo a decirle que en las enfermedades de la infancia no puede uno estar tranquilo...

La Moncada habló con honda tristeza.

—No tengo padres, y en cuanto a mi marido, está muy lejos...

Por un momento, vencida, soñó con llamar a Valentín. ¡Qué alegría y qué consuelo para ella tenerle al lado, sentir a su vera aquel apoyo moral, saber que alguien que la amaba de verdad velaba su sueño! Pero, no; aquello era un absurdo en que no había ni que pensar. Valentín no la perdonaría nunca. Sus palabras no serían jamás las dulces frases de consuelo de otros tiempos y en su mirada leería perpetuamente el reproche de su conducta frívola y sin sentido que le había arrastrado al borde de los peores abismos.

Hubo una pausa. El doctor no insistía. Retiró el termómetro y leyó en voz alta:

—Treinta y nueve grados y seis décimas.

Con el ansia de una respuesta negativa volvió a interrogarle.

—¿Serán tifoideas?

Movió el la cabeza en son de duda:

—¡Mucho me lo temo!...—Después, como si tomase una determinación hablaba paternal, lleno de interés y afecto.

—Mucho me temo, efectivamente, que sea el tífus. Aquí no se da nunca, pero todo puede suceder... En estas cosas hay que ponerse en lo peor, y lo peor es que sea... Como está usted aquí sola con la niña, yo me permitiría darle un consejo, no sólo de médico sino de viejo amigo, que también tiene hijos y también ha pasado por la amargura de verlos enfermos, y aún en dos ocasiones, por la atrocidad de perderlos. El consejo es que deje el Hotel y con la niña se traslade a la Casa de Salud de Santa Catalina.

Eulalia tuvo un gesto de miedo.

—¡Dios mío, qué horror!

El médico sonrió como ante la salida de tono de un niño.

—¿Por qué horror?... Supongo que no compartirá usted la aprensión supersticiosa del vulgo sobre las Casas de Salud... Allí estará mejor cuidada; tendrá cuanto pueda serle útil o agradable, siempre en los límites de un cuidado consciente. Yo voy dos veces al día, y en cualquier momento que pudiese ser necesario hay un médico que preste asistencia a los enfermos. Además, el aire es puro y saludable, la alimentación adecuada, los cuartos amplios, alegres, ventilados, sin este ahogo de los Hoteles...

—Yo preferiría no moverme de aquí—opuso ella tercamente.

—Ya me lo figuro—concedió lleno de bondad comprensiva el galeno.—Pero tiene usted que ver que no está sola en el establecimiento, que hay otros huéspedes que al enterarse de que su hija tiene una enfermedad contagiosa protestarán, formularán quejas ante la Dirección, y ésta, al verse en la disyuntiva de quedarse sin toda su clientela o tomar una medida contra ustedes, optará por esto último.

—¡Qué infamia!

—Hay que ser justos—disculpó él.—Los Hoteles no pueden tener caridad: viven de los demás y tienen que tener el corazón colectivo, y ya sabe usted que no hay nada más cruel que el corazón colectivo.

—¿Y qué hacer?—interrogó otra vez ella.

—Seguir mi consejo, créame usted. Más vale que se vayan ahora a la Casa de Salud que dentro de unos días. Es hasta menos peligroso para su hija...

Eulalia sublevábase aún.

—Pero en los hoteles pagando una indemnización...

—Eso es posible—interrumpió él bondadoso siempre—cuando se trata de una enfermedad breve, pero en plena *saison*, con el Hotel lleno y una enfermedad como el tífus que puede durar mucho...

—Pagaré mucho—afirmó ella resuelta.

—Mucho... ¿pero no ve usted que mucho en un Hotel como el Chateau, lleno de gente (¡y qué gente!) supone miles de francos diarios?

—Los daré—afirmó ella cada vez más resuelta.

Ante aquella terquedad el doctor se impacientaba.

—Pero, querida señora, no basta que usted les diga: "¡Los daré!" Pedirán un depósito, una garantía...

Como un rayo de luz el recuerdo de las perlas iluminó su pensamiento.

—Tengo mis perlas que valen trescientos mil francos.

Y antes que él pudiese detenerla corrió al armario de espejo con esa febril nerviosidad de las gentes que se juegan la última esperanza a una carta.

Ansiosamente buscó entre las ropas, después en el baúl, en el saco de viaje... ¡Las perlas habían desaparecido!... El saquito de que no se separaba nunca, el pequeño estuche donde guardaba su tesoro, había volado.

Entonces recordó las peripecias de la tarde anterior, las conversaciones con el Príncipe, su interés por las joyas, el paseo juntos, el drama, sus ansiedades e inquietudes, y por fin su fuga y aquella misteriosa fuerza que la detenía por el puño y de la que con un violento esfuerzo había conseguido desasirse. Con voz estrangulada llamó:

—¡Mis Fanny! ¡Mis Fanny!

Cuando la inglesa apareció en la puerta interrogló a boca de jarro.

—¿Mis perlas?

La otra permaneció un segundo aturrida, como si no supiese de lo que se trataba:

—¿Las perlas?...—Y súbitamente, como si se hiciese la claridad en su memoria.—¡Es verdad! ¡Si la señora no las trajo anoche!

Eulalia alzó los brazos en un gesto de terror y luego los dejó caer con atroz desaliento:

—¡Me han robado!

.....
Hay vidas maravillosas, alzadas sobre la triple base de la salud, la belleza y la fortuna, pero que si uno de estos cimientos cede, se derrumban. Entonces el héroe de ellas

se despierta y tiene un gesto violento, casi siempre inútil, porque ve que le son necesarias cosas que creyera inútiles, sencillamente porque él, entonces, no las había necesitado. La vida de Eulalia era una de estas vidas; ignorante del dolor porque el dolor aún no había hecho acto de presencia; convencida de que bastaba ser joven, guapa, fuerte y rica para que la vida por arte de encantamiento se convirtiese en prodigioso jardín, nunca había pensado que aquellos bienes pudiesen faltarle, y por eso el sufrimiento le sorprendía como una atrocidad injusticia. Valerosa, a pesar de todo, revolviase contra su suerte y trataba de luchar.

Las horas transcurridas desde la marcha del doctor habían sido horas de intenso padecer; horas en que las rojas rosas del jardín de Epicuro convertíanse en las pálidas rosas del jardín de la Muerte; horas atroces que no se olvidan fácilmente y que marcan un surco en nuestras existencias y una arruga en nuestras frentes.

Primero el jefe de Policía, que enviado por el médico venía a ponerse a su disposición para enconstrar al ladrón o ladrones del collar. Y había sido—bajo la capa de buena educación y de falsa mundanalidad,—vagamente ofensiva la curiosidad del sabueso que husmea una pista al través de no muy dignas historias, el interés un poco impertinente del hombre acostumbrado a bucear en las vidas ajenas y a encontrar la verdad en el fondo de las mentiras más o menos hábiles con que los clientes tratan de ocultar las causas que produjeron tales efectos.

La segunda visita correspondió al gerente del Hotel. Fué aún más dolorosa y cruel. Bajo la falsa capa de interés por la enfermedad y de servicial solicitud por ella, dejaba entrever la firme resolución de hacerse entender, indicándole melosamente que el Chateaux-Palace-Hotel no era un hospital de epidemias y que el sitio de los tíficos más estaba en los sanatorios que en los palacios mundiales. En limpio: que en los Hoteles elegantes no tiene derecho a morir la gente.

Eulalia había recibido con fría dignidad y a las primeras palabras dándose por enterada, atajado su verbosidad empalagosa de mercenario obligado por su puesto a desplegar una educación de que en el fondo carecía. Ya sola, había dejado caer extenuada sobre una silla junto a la cama de su hija y allí llorado largamente. ¡No podía más! El círculo de candente acero que oprimía sus sienes estrechábase por momentos; un frío atroz, un frío de muerte sacudía en intermitentes temblores y la niebla que cubría sus ojos hacíase más densa por momentos.

Avanzaba la tarde en uno de esos interminables crepúsculos de verano, en que se siente intensamente la atroz tristeza de la agonía del sol. La luz tornábase más amarilla y pálida. Eulalia cogió las manos de su hija, secas y ardorosas, y las besó con transporte:

—¡Bebé! ¡Bebé! ¡Hija mía!

La nena parecía sonreír vagamente y siguió sumida en su mororra.

Oyéronse pasos y la Moncada volvióse so-

bresaltada. Era mis Fanny. Joven aún, alta, arrogante, elegantísima, con cierta prestancia de Lady inglesa: era la institutriz de Bebé una figura muy decorativa. Tal vez no era lo más a propósito para ocuparse de los niños, desde el momento en que se ocupaba demasiado de sí misma, pero la española hablaba encontrado muy *chic*, un aya con que se puede ir a todas partes, y por eso confiárala la educación de la niña.

Ahora, en pie frente a su señora, permanecía en espera del permiso para hablar.

Eulalia la interrogó:

—¿Qué se le ofrece, *mis*?

La inglesa vacilaba, pero al fin pareció decidirse:

—Yo, la verdad, no quisiera disgustar a la señora, pero... ya comprenderá la señora que hay un límite para todo, hasta para la buena voluntad... Los pobres no tenemos más que nuestra salud y no podemos jugar con ella... yo sentiría mucho que se disgustase conmigo, pero en fin...

Impaciente, sobresaltada, previendo un nuevo disgusto, la Moncada animó:

—Bueno, usted me dirá qué le pasa...

Aun vacilaba la otra.

—Yo... la verdad...

Casi suplicante Eulalia invitóla a hablar.

—Diga usted qué sucede.

Decidióse:

—Ya ve la señora, es triste, muy triste para mí... ¡Yo tenía tanto afecto a la señora!... ¡Había tomado tanto cariño a Bebé!... Pero, la verdad, mi hermana Katty murió de fiebres, mi cuñada estuvo a la muerte con ellas y yo les tengo un miedo atroz...

Cobarde por primera vez en el día, la Moncada no quiso entender.

—Consultaremos al doctor las precauciones que convenga tomar...

La inglesa cruzó las manos con un gesto de falsa compunción:

—¡No me atrevo, señora, no me atrevo!... ¡Más vale que me vaya!

Cada vez más vencida, más cobarde, habló la otra en una interrogación que era un ruego:

—¿Me va usted a dejar sola en estas circunstancias?...

La *mis* encontró una lágrima en no sé qué recónditos rincones de su hipocresía:

—Yo quisiese con toda mi alma quedarme, pero ¡no puedo! ¡no puedo!

En un horror a la soledad y al abandono, perdida toda noción de altivez, imploró Eulalia:

—¡No se vaya usted! ¡No me deje sola con la nena enferma!

La alquilona repitió, siempre con falsa tristeza:

—¡No puedo! ¡No puedo!

Ante tanta bajeza y miseria la Moncada encontró su dignidad. Fríamente asintió:

—No quiero retenerla contra su voluntad. Puede usted irse esta misma noche.

Pero cuando el aya hubo salido no pudo contenerse más, y apoyando los brazos en el lecho de su hija y el rostro entre los brazos, echóse a llorar desconsoladamente:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten misericordia de mí!—Oyó tres voces que se fundían en una sola voz de piedad infinita:

—¡Pobrecita, pobrecita! ¡No te apures que aquí estamos nosotras!

Vivamente alzó la cabeza y vió espantosas de bondad, divinas de ridículo, las cabezas de Aldonza, Gimena y Elvira, que se inclinaban como tres Hadas buenas sobre el lecho de su hija moribunda.

EPÍLOGO

Muy lentamente, apoyada en Aldonza y Elvira, toda envuelta en pieles, Eulalia salió a la terraza y, pasito a pasito, llegó hasta el butacón dispuesto para ella con mantas y almohadas y allí casi exánime dejó caer. Estaba muy demacrada, en la transparencia cerúlea de la tez donde la boca era una rosa pálida y los ojos, inmensos, infinitamente tristes, se perdían en la azulada sombra de las ojeras. Eulalia suspiró cansada, contempló un momento las manos, sus pobres manos transparentes que yacían rotas en el regazo, abandonadas como dos amuletos de marfil, y luego sonrió a sus amigas, que la rodearon de cuidados maternales en los días en que asomada sobre la muerte nada sabía de la vida y en las largas y melancólicas horas de su convalecencia.

Las hermanas interrogaron:

—¿Estás bien?

—¿Cómoda?

Tornó a sonreírles con dulzura infinita.

—¡Gracias!... ¡Qué buenas sois!

Una tristeza opresora pesaba sobre todas las cosas en aquella tarde de fines de Noviembre. En el cielo blanquecino un sol amarillento, muy débil y claro, envolvíalo todo en su caricia enfermiza. Los jardines sin la pompa de sus verdes galas estivales tenían una poesía desolada y a lo lejos los montes de nieve se alzaban como fantásticos catafalcos; sólo a un lado la mancha de un bosque de pinos trazaba un cuadro negro. Abajo el lago gris e inmóvil aumentaba la sensación de paisaje lunar.

Un bienestar lleno de conformidad y de tristeza descendía sobre su alma como paloma de paz que llevara en el pico la oliva en nuncio de perdón. Sin embargo, una inquietud, la perenne inquietud de ahora la hizo formular una pregunta:

—¿Y Bebé?

Las Pantoja-Carreño sonrieron con leve burla.

—Ahora, ahora vendrá. Algo tiene que pasear la criatura.

Eulalia musitó:

—Tenéis razón, pero yo quisiera tenerla siempre, siempre a mi lado.

—Supongo que no estarás inquieta yendo Gimena con ella.

La Moncada volvió a sonreír.

—Inquieta no, pero los momentos de separación se me hacen siglos.

Las dos hermanas sonrieron benévolas.

—Se comprende... ¡Está tan mona!

—Un poco flaca—murmuró intranquila la madre.

—¡Bah! En cambio está más alta... Ha dado un estirón.

Una sonrisa que era como el trino de un jilguerillo les interrumpió y en una carrera loca que no acabó hasta los brazos de su madre hizo su aparición allí Bebé.

Estaba más delgada y más alta; entre las pieles aparecía el rostro que el frío y la corrida teñían de suave color rosa. Con su voz cantarina y suave anunció:

—¡Mamá, mamá, una visita para ti!

Involuntariamente pensó Eulalia en todas aquellas gentes que le empujaron hacia un abismo cuya profundidad no había podido medir y que luego en las horas atroces de dolor abandonáronla a sus menguadas fuerzas y tuvo un gesto de horror.

—¡No, no! ¡Visitas no quiero!

Pero Bebé hufía gritando.

—¡Esta, sí! ¡Esta, sí!

Hubo una pausa durante la cual la Moncada, presa de extraña adivinación, esperó algo admirable, algo que fuera como una redención.

Y súbitamente Bebé apareció en la puerta llevando de la mano a Valentín.

—¡Eulalia!

—¡Valentín!

Se fundieron en un abrazo inacabable en que él puso toda la inmensidad de un afecto casi paternal y ella el ansia y la alegría del naufragio que por fin encuentra la tabla de salvación.

Las tres hadas benignas sonreían.

Pasados los primeros momentos de transporte, Eulalia interrogó:

—¿Has llegado hoy?

—Sí, hoy—afirmó él.

Pero Aldonza no quiso dejarle mentir.

—¡Embustero! ¡Embustero! Dí que no, que lleva aquí tres meses y no se ha separado de ti ni de día ni de noche mientras estuviste en peligro de muerte.

—¡Pobrecito de mi alma, si ni dormía ni comía, ni descansaba!—intervino Gimena.

Eulalia sonrió a su marido.

—¡Qué bueno eres!—murmuró con voz débil en que había una ternura infinita.

—¡Bah!—bromeó él.—Tú hubieses hecho lo mismo.

Con vehemencia de contrición afirmó ella.
—Si lo hubiese hecho... pero tú lo merecías! Tú has sido siempre bueno y yo he sido mala, muy mala contigo! ¡Yo tengo la culpa de todo!

Valentín la besó con cariño.

—¡Qué habías tú de tener, pobrecita mía!

Elvira interrumpió:

—Vaya ¿para qué hablar más de esas cosas? Todo ha sido un mal sueño. ¡Ahora a quererse y a ser felices!

Hubo una pausa larga, que nadie se atrevía a interrumpir por temor a la emoción que ponía un nudo en las gargantas y llenaba de lágrimas todos los ojos. Fué, sin embargo, Aldonza la que, siempre más osada que sus hermanas, resolvió la situación:

—Y ahora que Bebé y Eulalia están ya bien y que el matrimonio está contento y en gracia de Dios, nosotras nos despedimos y salimos mañana para España.

Fué como si el cielo se viniese abajo. No había acabado de hablar y Bebé, cogida a sus faldas, sollozaba:

—¡Tía Chimena! ¡Tía Chimena! ¡No quiero que te vayas!

Valentín a su vez le había cogido la mano.

—¡No, no; de ninguna manera! Vosotras no os vais hasta que nos vayamos nosotros!

Y Eulalia incorporándose angustiada, imploró:

—No nos dejéis solos.

Las tres hermanas sentían una ternura inmensa, una alegría sin límites, ante aquella explosión de cariño que les compensaba con creces de todos los malos ratos pasados y del viaje a Italia perdido; una satisfacción honda, serena, al ver el puesto que ocupaban en el corazón de aquellos seres. Por un momento flaquearon y estuvieron a punto de ceder. Pero Elvira, como la más reflexiva de las tres, revistiéndose de autoridad, —Dios sólo sabía el trabajo que le costaba— y habló seriamente.

—Nosotras bien quisiésemos, pero no puede ser.

La misma pregunta apareció en los labios de Eulalia, de Valentín y de Bebé. —¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Febrilmente las tres buscaron una respuesta

ta convincente. Al fin Elvira creyó haber dado con ella.

—Porque dentro de cuatro días vence el billete del viaje y hay que aprovecharlo.

Valentín sonrió:

—¡Vaya una razón! Se pierde.

Aldonza trató de echarlo a broma.

—¡Justito! En eso estamos pensando, para que la empresa se meta sus buenos cuartos en el bolsillo!

—¿No habéis perdido ya por culpa mía vuestro viaje a Roma?—intervino Eulalia.

—Pues ahora os venís con nosotros.

Colaboró Valentín:

—Como dentro de unos días nos vamos a Egipto para que éstas se repongan, os venís allí.

Santiguóse Elvira.

—¡Jesús! ¡A tierra de herejes y de moros! Gimena, llena de noble autoridad, aseguró:

—¡Imposible! Nosotras tenemos que volvernos a España y vosotros que hacer el viaje de vuestra luna de miel.

—¡Nuestra luna de miel!—Y Eulalia sonreía melancólicamente contemplando a su marido. —¡Cuántos años ya!...

—Esa no era la luna de miel —aseguró muy seria Aldonza.—Erais unos chiquillos y apenas os conocíais... La verdadera es ahora.

Los Moncadas cedieron:

—Bueno, pero nos habéis de dar palabra de que el año que viene venís a Lourdes y Roma con nosotros.

Consultáronse las Pantoja-Carreño con los ojos. ¡La oferta era tan tentadora! Aceptaron:

—¡Prometido!

Como sentían que iban a llorar prorrumpieron en exclamaciones de aturdimiento:

—¡Las cuatro; anocheciendo y tú aquí, criatura! ¡Adentro! ¡Adentro!

Eulalia se puso en pie y muy lentamente, apoyada en el brazo de su marido, cruzó la terraza. Un postrer rayo de sol les envolvía tibio y dorado. Delante corría y saltaba Bebé contenta de vivir, de tener a papá y mamá y de sentir que la sangre limpia y sana circulaba otra vez por sus venas. Detrás, alegres y tristes, las tres hermanas se enjugaban una lágrima.

Antonio de Hoyos y Vinent



HEMEROTECA
MUNICIPAL

PIERNAS Y BRAZOS ARTIFICIALES

TALLERES PROPIOS
LA ORTOPEEDIA MODERNA
GRAN CASA CONSTRUCTORA

UNICAMENTE CORSES DE CELULOIDE

MEDALLAS DE ORO
MADRID-ZARAGOZA

DE

GRAN PREMIO
PARIS-MILAN

APARATOS ORTOPEDICOS DE

CESAREO ALONSO

Gasas Algodones Vendajes Muletas

Fajas Bragueros Gotieras Gomas

Fuencarral 104-MADRID-Teléfono J. 415

DEBILIDAD. NEURASTENIA
CONSUNCION, CLOROSIS
CONVALENCIA

ANEMIA

VINO Y JARABE de
Hémoglobine Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre **CURA SIEMPRE**. Es muy superior á la carne cruda, á los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza. — PARIS.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

**Aceites y grasas
lubrificantes**

OLEO-MOTOR

*Insuperable
para
el engrase
de
los autos*



*Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

SUCESORES DE E. STEINFELDT
Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID
Ayuntamiento de Madrid

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD